

ESTUDIOS DE VIAGES.



Puerta del Norte en Pekin.

CHINA.-PEKIN.

Va alguna vez hemos presentado á nuestros lectores varias particularidades de la nacion chinesca, y hoy volvemos á ocuparnos del mismo asunto, seguros de que nuestras descripciones no carecerán de interés, pues tal es la oposicion de nuestros usos y los que reinan en esa porcion del Asia, que ofrece siempre no escaso atractivo á la consideracion del observador y curioso, ademas de que los esfuerzos hechos durante tanto tiempo por los misioneros á fin de introducir en aquellos pueblos las creencias y artes europeas, y últimamente la influencia que sobre ellos ejerce en la actualidad la gran Bretaña, son suficientes motivos para que nos inspire el interés de su estudio. Hoy llevaremos, pues á nuestros lectores á Pekin, capital del celeste imperio y nos detendremos á examinar algunas de las cosas notables que encierra, como tambien varios usos peculiares á sus habitantes.

Tiene Pekin su entrada imperial y su arco de triunfo á
23 de setiembre de 1846.

la puerta del oriente. Este monumento digno de la suntuosa capital á que pertenece, tiene tres pasadizos, que conducen á una avenida de legua y media de estension, regularmente empedrada y concurrida por la muchedumbre de traficantes que diariamente llevan á la ciudad los objetos de su tráfico. Mas lejos, á distancia como de media legua, levántanse dos grandes pabellones cuadrados, cada uno con dos tejados barnizados. El exterior de estas obras está lleno de esculturas é inscripciones en honor de sus artifices, y contienen varios salones destinados á alojar la guardia de la entrada de la ciudad.

Las murallas de Pekin y en especial las de la ciudad tártara, *King-tching* (la ciudad se divide en dos grandes cuarteles), despues de las puertas indicadas, forman el primer objeto que escita la admiracion del viajero. Figúrese el lector unos muros de treinta pies de ancho, flanqueados de torres y con terrados en su parte superior, capaces de dar paso á doce caballos alineados de frente, y tendrá una idea de las colosales murallas que defienden á Pekin de las agresiones exteriores. Con respecto á sus fortificaciones dice un sábio inglés, Barrow, agregado á la emba-

TOMO IV.

25

jada de lord Macartney á fines del siglo pasado, que no había visto cañones ni en los muros, ni en los baluartes de Pekín; pero en su defecto los había visto representados en pintura encima de las puertas que guarnecen las troneras de las torres de muchos pisos que dominan esas fortificaciones de burla. Esto no obstante, parece indudable que las murallas de Pekín no carezcan de artillería, y al contemplar á esta gran ciudad rodeada de tan gigantescos baluartes, solo nos ocurren expresiones de admiración hácia ese pueblo que no satisfecho con levantar contra sus enemigos del Norte tan formidable barrera, como es la gran muralla, edifica aun tan grandes fortificaciones en torno de sus ciudades en particular.

La de Pekín tiene diez y seis puertas, cada una de las cuales consta de dos pabellones con varias ventanas y un vasto cuerpo de guardia en el piso inferior; por consiguiente todas son muy semejantes entresí y de ellas formaremos una idea en presencia de la lámina que representa la puerta del Norte.

A pesar de la imponente perspectiva que tan colosal muralla y tan espaciosa puertas ofrecen desde lejos, cuando se descubre la capital de la China, es sin embargo muy distinta la sensación que se experimenta de cuando nos aproximamos á una ciudad europea. Chocan estas desde luego á la vista por la multitud de torres, campanarios, cúpulas y otros edificios públicos que se levantan por cima de una infinidad de casas, y la imaginación se adelanta á adivinar su carácter, forma y destino. En Pekín muy al contrario, ni una chimenea siquiera se eleva sobre el tejado de las casas, cuya altura es igual en todas ellas, siendo muy rara la que se compone de dos pisos, y como están alineadas con esmero, recuerdan por su aspecto y regularidad la imagen de un vasto campamento. Sin embargo, en el interior de la ciudad, en esas mismas alineadas calles de 120 pies de anchura, que ya admiraron á Marco Polo en el siglo XII, en que Pekín no era aun mas que el Kian Balon de los Mogoles, en el interior, decimos, todo muda de aspecto, y el vasto campamento es un conjunto de riqueza y casi podríamos decir de elegancia, pues si algo hay que reprimir al carácter de grandeza de sus monumentos públicos es que el ornato no nace de los mismos edificios, sino que han ido á buscar adornos exteriores como esculturas, bronce, dorados y pinturas, que á mas de descubrir la falta de habilidad de los chinos en estos trabajos, recargan unos edificios cuyo mayor adorno hubiera sido su propia sencillez. En prueba de esto y de que los europeos han sido generalmente rigurosos y á veces injustos en sus críticas sobre la arquitectura chinesca, vamos á detenernos en la ligera descripción de dos palacios, destinado el uno para deponer los regalos dirigidos al emperador y el otro residencia del mismo, verdaderamente notable y que lleva por nombre Tsu-Kin-Tching. Levántase el primero en medio de un patio y consiste en un edificio de unos 90 pies de largo, sobre 40 de ancho. Su exterior es muy reluciente; véase en él flores y dragones esculpidos, dorados, y en parte cubiertos con una redécilla de alambre para impedir que aniden allí las golondrinas. Desde lejos no puede resistir la vista el brillo de este edificio; pero á medida que uno se vá acercando, van descubriéndose las esculturas y dorados de mal gusto. Alzase en medio un trono, cuyas gradas están rodeadas de una balaustrada de madera, de un rojo oscuro y hermosamente esculpida: en ambos lados del trono se ven dos abanicos de pluma de esquisito trabajo. Encima se lee en gruesas letras doradas: *Teschinn ta Quann nin* que significa: «La verdaderamente grande y resplandeciente luz.» El trono está cubierto de un paño amarillo, y tapiza el pavimento una colorada alfombra. Véase en el salon relojes, cuadros y varias obras maestras de las artes chinescas. Las ventanas están solo guarnecidas de papel blanco de Gorca; sin embargo como el tejado es muy saliente, están á cubierto de la lluvia. La

tienda ó cubierta del edificio está sostenida por grandes columnas de madera, pintadas de encarpado ó barnizadas y últimamente á la entrada del palacio hay dos estatuas colosales, de bronce, las que representan los dragones de cinco garras que forman las armas de su magestad imperial.

El Tsu-Kin-Tching, es una verdadera maravilla por su inmensidad y magnificencia. Está situado á corta distancia de la puerta meridional de la ciudad tártara, tiene la forma cuadrangular y algo mas larga que ancha, está rodeada de fuertes murallas almenadas, hechas de ladrillo, con tejas de color amarillo, y en cada puerta hay un pabellon.

La disposición de los tejados da un aspecto original á este palacio á primera vista: pues tiene cuatro pendientes y están algo vueltos hácia arriba en los bordes inferiores. Los sostienen un gran número de columnas, cubiertas de un barniz verde con figuras doradas.

El primer salon ó el de entrada, es muy espacioso, y se descende á él por una escalera de mármol blanco sobrecargado de objetos de bronce y construida en forma de herradura. En este salon, ó mejor en este patio, se vé cruzar un arroyo en que hay varios puentes de mármol. En el fondo se vé una fachada con tres puertas, la del centro reservada al emperador, y las laterales á los mandarines y altos personajes del estado; por ellas se sale á un segundo patio, el mas espacioso de cuantos contiene el palacio y en cuyo circuito domina una galería inmensa. Allí se guardan los tesoros de la corona, como alhajas, pedrería, pieles, armas y muebles.

En este patio hay el salon imperial, llamado Tai-Ho-Thsien; y está situado encima de cinco terrados dispuestos á modo de gradería y adornados de balaustradas de mármol blanco. Delante de este salon se colocan los mandarines cuando van á presentar sus homenajes al emperador. Tiene la forma de un cuadrilongo y su extensión consta de unos 150 pies. El artesón es dorado, barnizado de color verde y con figuras doradas que representan dragones.

El trono, que se levanta en medio de este vastísimo salon, consiste en un estrado, sin mas inscripcion que la palabra *Chin*, que significa *Santo*.

En la plataforma que hay en el mismo salon, hay grandes jarros de bronce y en ellos se queman perfumes los dias solemnes, y tambien se ven candelabros que tienen la forma de aves, pintados de diferentes colores. Dicha plataforma se prolonga hácia el lado del norte y comunica con otras dos salas, una de las cuales consiste en una rotunda con un gran número de ventanas, y cubierta toda de un barniz muy brillante, que sirve de vestuario del emperador; y la otra es un salon que sirve de recibidor.

Tal es la sumaria descripción de este palacio que ocupa un espacio de 237 toesas de este á oeste, y de 505 de norte á sud: añadiéndose los demas palacios del estado y de los principes de la familia imperial, y si ante tan admirable edificio la critica europea halla aun palabras de menosprecio contra la arquitectura de los chinos, que nos presente muchos edificios semejantes, y dejaremos de atribuir á prevención é injusticia sus asertos.

Sin embargo los chinos han llevado al mas alto grado de magnificencia el Tsu-Kin-Tching con los jardines de que lo han rodeado.

El parque de Yonen-Min-Youen forma la decoracion mas brillante de la morada imperial, y puede afirmarse que en nada le aventajan los mas bellos jardines de Europa. No se vé en él la monótona y artificiosa regularidad sacada de los planos de Le Notre y La Quintinie; ni tampoco la confusión de ciertos parques ingleses, en los que á fuerza de querer parecer naturales, se traspasa los límites de la

naturaleza; el parque de Youen-Min-Youen, sin perder el grandioso caracter que constituye su mayor hermosura, presenta los sitios mas deliciosos y variados. Los bosques, rocas, valles y llanos están con tal arte dispuestos, que desde cada uno de los pabellones, puestos acá y acullá en el mismo parque, se goza de un punto de vista diferente. El agua que tan á menudó hace agradables unos sitios por otra parte insignificantes, se halla conducida en canales, estanques y fuentes que en las desigualdades de sus orillas parecen ser obra del acaso, y

aunque todo es obra de la mano del hombre, en ningún punto ha dejado señales de su trabajo. Unas rocas que se levantan osadas, forman paseos que se adelantan al lago en que hay abundantes juncos: basta en las hojas de los arboles se ha procurado poner acordes sus matices para que la vista no baile el objeto que no la sorprenda y embelese. En fin, en medio de tantas riquezas del arte y de la vegetacion se levanta el magnifico palacio que acabamos de describir. En vista de ello no deben ya los europeos tener en poco á tan hábiles arquitectos.



Palacio imperial de Pekin.

Continuando la descripción interior de la ciudad, ya hemos dicho que las calles de Pekin son anchas, pero carecen de enlosado, y á pesar de que las riegan con esmero en verano no pueden evitar que se levante una nube de polvo. Las casas no tienen pisos con poquitas escepciones, pero se ven muchos balcones y galerías; la parte anterior carece de ventanas y está ocupada por negociantes ó artesanos. Solo tienen una puerta de entrada y desde la calle es imposible ver el interior de las habitaciones; los tejados son cuadrados con los ángulos muy salientes y encorvados hacia arriba. Las tejas son cocidas y de color ceniciento; bien que hay casas cuyo techo está del todo barnizado de un color amarillo muy brillante.

No puede gloriarse Pekin como París y Londres de tener cómodas cloacas que arrastren el fango é inmundicia, pero goza de una ventaja importante que tienen muy pocas ciudades de Europa. Nunca en las calles de Pekin se ven escrementos ni suciedades repugnantes á la vista y ofensivas al olfato. Sin embargo, semejante limpieza mas bien debe atribuirse al alto precio de las materias estercolares que á la vigilancia y cuidados de la policía. Cada familia tiene una gran tinaja en la que recoge cuanto puede servir para estercolar las tierras, y cuando está llena, fácilmente se halla comprador que la toma por dinero ó á cambio de frutas ó legumbres.

Ese estiércol líquido, llévalo al campo los labradores,

dentro de carretones de una sola rueda, los que dejan inequívocas huellas de su paso, señales que hieren el olfato mucho antes que la vista pueda percibirlos. Semejante hediondez infecta las calles, casas y vecindario todo de la noble capital.

Lo que en ella parece mas extraño al viajero es ver que entre objetos puestos en ostentación en las tiendas figuran en primer término y en gran número, féretros de varios precios, adornados con sumo esmero. Dichos ataúdes tienen doble volumen que los mas grandes de Europa (1) aunque las tablas que los forman tienen solo dos pulgadas de espesor. El lujo de las andas en que los llevan corresponde á su magnificencia, y solo le iguala la pompa de los coches que sirven para los matrimonios. Unos y otros están adornados con suntuosos doseles. La mayor parte de las calles de Pekin están de tal suerte obstruidas por las muestras de los negociantes y tiendas ambulantes, que dejan solo un estrecho paso en el medio; ó por este circula de continuo un flujo rápido de mandarines, soldados, viajeros, camellos, hombres que arrastran

(1) Esto no parecerá extraño cuando se sepa que para obtener consideración entre el populacho de la China, es necesario ser obeso y repleto y llenar del todo un aneho sillón. Esas gentes suponen que el talento é importancia de un hombre están en razon de su obesidad y volumen.

carretoncillos, séquitos de entierros ó de bodas, que lloran, cantan, rien y ahullan á un tiempo y dan á esa gran ciudad cierta fisonomía de las mas estrañas. Pero cuando deberá estar casi indescriptible será en alguna solemnidad ó fiesta pública; y decimos *deberá* porque serán muy pocos los extranjeros que hayan podido asistir á algunas de ellas y solos lo deducimos de la siguiente narración que hace el citado viajero ingles, Barron, acompañando al embajador lord Macartney

«Sabíase en la ciudad el día en que debía llegar la embajada. El camino estaba cubierto de gente hasta una gran distancia de la ciudad; pues todos querían ver á unos extranjeros sobre los cuales se habían difundido los mas maravillosos rumores. Apenas el cansancio ó el mismo tropel nos obligaba á pararnos, al momento nos hallábamos rodeados de curiosos. Unos tocaban nuestros vestidos; otros quedaban admirados del color de nuestras manos, y nosotros solo podíamos calmar su sorpresa quitándonos los guantes que les parecían una cosa muy ridícula como también se asombraban de que llevásemos las uñas tan recortadas (1). Algunos creían que no teníamos barba; en una palabra todas muestras cosas eran nuevas para los chinos y nuestros coches hacían el oficio de cámaras ópticas cuyos espectadores por turno se acercaban á mirar por los cristales.

Los arrabales, que por la parte por donde nosotros entramos solo pueden atravesarse haciendo una hora de camino; y el aumento sucesivo de gente á pié, á caballo y en coches, eran anuncio de una de las mas grandes ciudades del mundo.

Apenas nos hallamos en el interior de la ciudad, que nos pareció insufrible el afán de la muchedumbre que acudía de todas partes, y los golpes que los soldados que nos acompañaban iban repartiendo, y que no aprobábamos, con trabajo pudimos franquearnos el paso. Lo primero que me llamó la atención fué la multitud de sillas de mano llevadas algunas hasta por veinte hombres, y seguidas de igual numero de criados. Es imposible describir la multitud y variedad de colores, ropages, cintas y otros adornos, de que estaban recargadas dichas sillas; de modo que lo que falta con respecto al buen gusto lo sustituye la riqueza y suntuosidad. Luego quedé sorprendido al ver el sin número de pinturas y dorados que adornan el exterior de las casas; mis ojos se cansaron de mirar las grandes letras doradas de las muestras de las tiendas; los dorados de las puertas y balustradas, los colores vivos con ellos mezclados y el número infinito y variedad de faroles de papel que colgaban en todas partes.»

Continúa el autor de la relación rebatiendo la común creencia de que no se ven mugeres en las calles de Pekín,

(1) Otro distintivo de superioridad y grandeza entre los chinos, es el tener muy largas las uñas de la mano izquierda, particularmente la del dedo meñique; pues de ello se deduce que el sujeto que así las lleva, no gana la vida ejerciendo un oficio mecánico: algunos viajeros hablan de uñas de seis pulgadas y hasta de un pié de longitud.

pues él en su tránsito vio muchas, y algunas hermosas, en las calles y balcones, y esto nos conduce á terminar nuestro artículo refiriendo algunas particularidades y costumbres de esa bella mitad del mundo chino.

Los europeos necesitan mucho tiempo para acostumbrarse á las facciones de las mugeres chinas. En efecto, les parece muy estraordinaria una muger con ojos estrechos y prolongados y nariz roma y remangada. Pero por otra parte tienen la boca pequeña y bermeja, el cuerpo delgado; y algunas hay muy agradables y hermosas. Desde la mas tierna edad todas se arrebolan, y se atan los negros cabellos levantados en la coronilla de la cabeza, cargándose de grandes ramilletes de flores artificiales. En lo mas alto de la cabeza y del tocado se cruzan dos largas agujas de plata, cobre ó hierro, segun la condicion de cada cual. Las niñas llevan el pelo esparcido, y cuando llegan á la edad núbil forman una trenza, que llevan pendiente ó levantada; pintanse de negro las cejas, y debajo del labio inferior y en el ángulo del menton se dibujan un círculo de color bermejo muy vivo del grandor de una oblea regular. El abuso del arrebol produce su efecto necesario, esto es echar á perder el cutis, de modo que una vieja en China es el objeto mas fastidioso.

Lo que hace de las mugeres chinas un objeto el mas estraño á los ojos de un europeo es su andar vacilante debido á la deformidad de sus pies. Desde que nacen les envuelven los pies con unas vendas pequeñas, que los aprietan y comprimen, á excepcion del dedo mayor, y por este medio impiden el desarrollo y crecimiento de los pies. Apenas tienen estos cuatro pulgadas de largo sobre una de ancho, y en el tobillo se acumula una hinchazon considerable. Toda muger que no tenga los pies así estropeados es tenida en poco precio.

Esa bárbara costumbre, segun ciertos autores, débese á los celos de los chinos; no obstante, los viajeros han visto á las mugeres pasearse y aun correr en cuanto se lo permitía la deformidad de los pies; pues este modo de andar tan incómodo las espone á frecuentes caídas, á mas del dolor continuo que sufren. Cuando salen de casa se ponen zapatos con tacon de madera guarnecido de cuero, y rara vez ponen en el suelo la parte anterior del pié por temor de un tropiezo: modo de andar que las da un aire muy desmayado. Las mugeres de los barqueros de Canton, y en ciertos lugares las campesinas, no martirizan así sus pies; antes lo mismo que los hombres llevan sandalias de paja y andan sin dificultad.

Vistense las mugeres segun el rango de sus maridos; y pueden llevar toda clase de colores, excepto el amarillo de limon, que está á todos prohibido por ser de uso peculiar del emperador, y de cuanto le pertenece. La costumbre de atarse á lo alto los cabellos, les despuebla muy pronto la frente; y las mugeres de algunos años ocultan esa deformidad con un pedazo de lienzo negro (*pao teou*); pero lo llevan blanco cuando están de luto. En algunos cantones llevan sombreritos de paja muy hermosos, cuya copa está agugereada para dar paso libre al moño.



GLORIAS DE ESPAÑA.



Acogida de Abderramen.

ABDERRAMEN PRIMERO.

I.

Después de las funestas contiendas, que ensangrentando las dilatadas campiñas del Oriente, habían procurado un triunfo definitivo al pendón negro de los Abasidas, era de esperar llegase el día del olvido y de la reconciliación. Debilitado el antiguo linaje de los Omiades por sus tan feroces como activos rivales, los Abasidas; muerto el último califa á manos de Abdalá, pariente y protector del primer califa Abaside, Abul-Abas, ya no le quedaba á este para hacer grata la memoria de su triunfo, mas que el perdonar á los débiles restos del linaje vencido, y mas particularmente á los caballeros que vivían en Damasco, los que por su escaso número eran incapaces de causar el menor recelo al vengativo conquistador. ¿Qué inconveniente tendría en perdonar aquel á quien sonreía la fortuna y que poseionado del suntuoso alcázar de Damasco, sin temor á ninguna clase de enemigos, solo debía ansiar que se olvidase este nombre entre sus súbditos, para que renaciese entre ellos la unión precursora de su fuerza y su felicidad?

Así lo creían todos los árabes en quienes no estaban

estinguídos los sentimientos generosos y así lo creyeron muy particularmente los Omiades que aun residían en Damasco, los que en el año de 750 fueron un día invitados á un banquete en el suntuoso palacio de Abul-Abas Azefah. Era un día plácido y sereno en el que la misma naturaleza parece convidaba á la reconciliación y á el olvido. En el salón del convite suntuosamente decorado y con vistas á deliciosos jardines, fueron penetrando hasta noventa caballeros Omiades y de los mas distinguidos de este linaje, los que incautos y desprevenidos esperaban llegase la hora de gustar las viandas que estaban preparadas. Retardábase demasiado esta hora, y sin duda para entretener á los convidados entró en la sala un juglar ó trovador que empezó á recitar algunos versos. Referíanse estos á escenas que todos querían tener olvidadas, pues espresaban con negro colorido los triunfos de los Omiades sobre los Abasides, y al llegar á la muerte de Ibrahim, último caudillo de estos, la voz del juglar que cada vez iba siendo mas triste y sombría, tomó un tono enteramente fúnebre. Receláronse los Omiades, miráronse unos á otros despavoridos y cuando temerosos de alguna traición se disponían á salir de la sala, fué esta invadida por numerosos guardas, esclavos y verdugos.

Horrible escena fué la que allí se verificó: aquella turba de asesinos se precipitó sobre los indefensos ca-

balleros Omiades con todo el impetu de rabiosas fieras, y al feroz grito de ¡venganza! murieron en pocos momentos los últimos restos de aquel esclarecido linage. Pero no; estaba escrito que tanta crueldad y alevosía no habían de quedar sin castigo y no todos los Omiades perecieron allí. Por una feliz casualidad un joven de brillantes esperanzas, Abderramen, hijo de Ilixem y nieto del décimo califa, se hallaba ausente de Damasco al tiempo de verificarse el convite. Recibiendo la invitación para él en la casa de campo en que se hallaba, se puso al instante en camino; pero antes de llegar á Damasco, un antiguo y leal servidor vino á interponerse delante de él. La noticia de la sangrienta catástrofe se había divulgado rápidamente por la ciudad, y aquel hombre á pesar del peligro á que se esponía, salió al encuentro de su amo y pálido y consternado le contó lo que pasaba.

Atónito se quedó el joven Abderramen al escuchar tal villanía, mas así que el furor sucedió en él á la sorpresa, hizo ademán de seguir su camino y así lo hiciera si el leal servidor colgándose de las bridas del caballo no lo estorbara, diciéndole:

—¿A dónde vais, señor?

—A Damasco: á vengar hasta donde alcancen mis fuerzas la muerte de mis deudos y compañeros, y de seguro á morir por ellos y con ellos.

—Mientras yo viva no iréis así tan de seguro á vuestra ruina. No ultrajeis, señor, á la Providencia que visiblemente hoy os salva la vida: reservad la vuestra para mas noble fin.

—Tienes razón: mi venganza será tardía; mas no por eso será menos cierta.

Inmediatamente arrojó á su fiel criado las joyas y el rico vestido con que iba engalanado para el convite, se cubrió y disfrazó con parte de la ropa de aquel leal servidor, y dirigiendo una triste mirada á los fértiles campos y suntuosos alcázares, que eran el patrimonio de sus abuelos y ahora ensangrentados con la catástrofe de sus amigos eran otros tantos bienes perdidos para él, tomó rápidamente el camino del desierto, sin desmayar por esto, sino lisongeado con una remota esperanza que alimentaban á la vez los bríos de su juvenil corazón y los egemplos de las vicisitudes de la fortuna.

En el tumulto, causado por la matanza de los Omiades no fué notada por el pronto la ausencia de Abderramen. Los fieros Abasides, embriagados de furor, celebraron su triunfo con un refinamiento de crueldad de que no hay otro ejemplo en la historia. El bárbaro Abdalá mandó tender una alfombra sobre los cadáveres aun palpitantes, tendidos en medio de la sala, y sobre ellos se puso con sus feroces satélites á disfrutar el convite que estaba preparado. Sus frenéticos gritos y sus asquerosos brindis eran mas de una vez interrumpidos por los moribundos sollozos de las víctimas palpitantes que tenían bajo los pies.

II.

Hay en medio de los desiertos de Africa, de ese vasto mar de arenas abrasadoras, algunos puntos de vegetación y de frescura; sitios tan raros como solitarios que ofrecen algun consuelo al viagero junto á un manantial sombreado por cañas, tamarindos y otras plantas silvestres junto á alguna cisterna abandonada entre las ruinas. Siempre que alguna tribu de árabes errantes establece su aduar ó campamento, tiene que hacerlo por precisión cerca de alguno de estos ocultos é ignorados manantiales donde puedan refrigerarse y surtir de agua los odres de sus camellos. Con este objeto se dirigían á la fuente algunas mugeres de una tribu acampada á corta distancia, y que andaba errante por la provincia de Barca. Era todavía la hora apacible de la mañana en que las arenas del desierto no se han desprendido completamente del rocío de la noche y en que el disco del sol abrasador se ostenta como

una inmensa hoguera, muy poco levantado sobre el lejano horizonte. Grande fué la sorpresa de aquellas mugeres cuando al acercarse al manantial, vieron dormido bajo los árboles que le sombreaban un mancebo de buena apariencia, aunque al parecer estropeado y rendido por la fatiga del camino. Y efectivamente que grande debió ser su cansancio cuando así se había dejado sorprender por el sueño en un sitio para él tan lleno de peligros.

Despertóse sobresaltado al acercarse las mugeres, y viéndose objeto de la curiosidad de todas ellas, imploró su compasión con tan sentidas expresiones y en tan humilde actitud, que ellas, tan curiosas de saber quién era el extranjero, como sorprendidas con su presencia, le cogieron en medio dando la vuelta hacia la tribu. El trage del extranjero, el color de su rostro, tan diferente de el de los naturales del país, su talle varonil y la nobleza de sus miradas, iba congregando en rededor suyo y ganando á su favor á todos los que acudían atraídos por la novedad. Llegados á la presencia del anciano gefe interrogó este al extranjero con su gravedad habitual, y Abderramen (pues no era otro el mancebo) sea que fatigado de su azarosa vida le fuese ya indiferente vivir, sea que juzgase haber llegado por fin á un país mas seguro para él, lo cierto es que contó ingenuamente todos los sucesos de su vida, sin ocultar su verdadero nacimiento: refirió la catástrofe de Damasco, su salida de la Siria, su permanencia en el Egipto, donde habia andado oculto entre los pastores, su escapatoria, sabedor de que el gobernador habia mandado espías para averiguar su paradero, su entrada en aquella parte de Africa, y los muchos peligros y fatigas que habia sufrido hasta llegar hasta allí, donde se lisongeaba de haber encontrado por fin una tierra hospitalaria.

Relataba los sucesos con tanta emoción y los pintaba con tan vivos colores, que supo interesar en favor suyo á toda la asamblea que estaba, por decirlo así, pendiente de su boca. En particular el anciano gefe estaba enagenado de gozo al considerar iba á dar asilo bajo su humilde tienda á un príncipe tan ilustre y tan desgraciado. Así fué que tendiéndole afectuosamente los brazos le dijo:

—No os engañáis, joven, habeis llegado á país donde no será desmentida la hospitalidad que ejercieron nuestros mayores. Ellos recibieron muchos favores del linage de los Omiades y de vuestros ilustres abuelos, y aunque esta razón no hubiera, por ninguna del mundo dejaria yo de ofrecer os mi tienda y el sustento de vuestro cuerpo, sean quienes quieran vuestros poderosos enemigos.

Volvióse entonces el anciano hacia los suyos para consultarlos con una mirada acerca de su determinación, ó mas bien para que manifestasen era de su agrado, y desde entonces el joven se vió agasajado por todos con mil afectuosas demostraciones de cariño: desde entonces los hombres le llamaron su hermano y las mugeres le llamaron su hijo.

Abderramen, perdida tal vez la esperanza de mejores dias, se resignó á vivir ignorado entre los árabes, se habituó á sus costumbres y alternaba con ellos en sus faenas y escursiones. Aunque su gallardía y su valor le distinguían entre ellos tanto como su nacimiento, rechazaba todo cuanto pudiera alterar la fraternidad mas completa, y solo apetecía la preferencia cuando habia que dar pruebas de intrepidez ó cuando el león del desierto con sus lejanos y aterradores rugidos desafiaba á los valientes á la caza. Pero esta situación no podría ser duradera y las desgracias de Abderramen no habían aun llegado á su término.

Casi de improviso llegaron un dia al borde del campamento, unos emisarios enviados por el gobernador de la provincia, que fiel á los nuevos tiranos de Damasco, é informado de que en sus tierras se hallaba oculto Abderramen, conoció que no podría hacer cosa mejor para congraciarse con sus nuevos señores, que entregarles el proscripto y desgraciado príncipe. Abderramen, avisado por sus amigos, apenas tuvo tiempo para

ocultarse en la tienda del anciano gefe, que frunció sus cejas al ver á los emisarios que con las armas en la mano invadieron su tienda. Tan circunstanciadamente traían las señas de Abderramen que al punto le reconocieron.

—Vedle allí, amigos míos, exclamó el que parecía gefe de aquella gente, aquel es el fugitivo que buscamos y cuya prision va á llenar de júbilo al gobernador.

Entonces el anciano árabe que no se había siquiera levantado del asiento, contuvo á los emisarios con un ademán imperioso de su brazo, profiriendo lentamente estas palabras:

—Este mancebo se halla bajo mi proteccion.... Si hay alguno entre vosotros á quien le pese la cabeza sobre los hombros, no tiene que hacer mas que dar un paso hácia él.

Fué un singular silencio el que por algunos instantes sucedió á estas palabras que dejaron inmóviles á cuantos habia en la tienda. A un lado los mas briosos mancebos árabes prontos á obrar segun la voluntad de su gefe, á el otro los emisarios africanos devorando con sus miradas á Abderramen, que olvidado é indiferente á su situación, solo estaba poseído en aquel momento por los mas vivos sentimientos de gratitud, al apreciar en su mas alto grado el valor de la hospitalidad de los árabes, y en medio de todos el anciano gefe, mas sereno é indiferente todavía, como si una seña suya no bastara para inundar de sangre la tienda. Pero los emisarios del gobernador comprendieron perfectamente su posicion, envainaron sus cimitarras con ademanes de despecho y salieron de la tienda por entre el pueblo que á ella se agrupaba, protestando contra una conducta que reclamaba el pronto y egemplar castigo de su señor. Apenas se perdieron de vista cuando levantándose el gefe de los árabes, exclamó:

—Pronto, á caballo. Evitemos la tempestad que va á descargar sobre estos sitios.

Todo el campo se puso en movimiento, abatiéronse las tiendas, cargáronse los camellos y dromedarios, los guerreros que habian de escoltar la caravana montaron en sus caballos, y se rompió la marcha que era preciso continuar sin descanso en las primeras jornadas. Al cabo de algunas y sufriendo las penalidades del camino, llegó la caravana á las tierras de sus amigos y aliados los Zenetes, tribu guerrera y poderosa que ocupaba todo el pais de Tahart, hasta la costa. Allí recibieron los árabes la mas grata acogida, allí las desgracias de Abderramen interesaron mas que en ninguna parte y allí por fin estaba en parte segura. La tribu de los Zenetes que tantas proezas hizo despues en la península, lejos de temer, podía entonces desafiar á las potencias de Africa.

III.

Mientras que estos sucesos acontecian en Africa, otros no menos trascendentales se estaban verificando en la península. Mucho tiempo hacia que los musulmanes españoles, ansiaban sacudir el yugo de los tiranos de Oriente. Aun los mismos wálies y gobernadores que mandaban en nombre y por voluntad de los califas de Damasco, se desentendian hasta cierto punto de su autoridad y cuidaban mas de satisfacer sus personales venganzas ó ambiciones, que no podian ser refrenadas por la distancia á que residia el poder supremo. En el pueblo y en los verdaderos amantes del pais estaba todavía mas arraigada la idea de que este no podia ser feliz mientras dependiese de el gobierno de Oriente. Dispuestos así los ánimos, cuando llegó la noticia de la revolucion de Damasco y de la sangrienta caída de los Omiades, la exasperacion llegó á su colmo, y conociendo era la ocasion mas oportuna para conseguir sus deseos, los que antes eran síntomas de descontento, se convirtieron en preludios de una sublevacion completa.

En las mismas inmediaciones de Córdoba se reunieron con el sigilo oportuno hasta ochenta jeques y caudi-

llos, de los mas calificados entre los musulmanes, y á esta secreta reunion concurrieron tambien los enviados de Africa, y uno, espresamente comisionado para representar la persona é intereses del jóven principe Abderramen. Grande fué el entusiasmo de los concurrentes al ver cuan numerosos y principales eran los comprometidos en aquella empresa, y mayor todavía cuando oyeron al respetable Hayub, que despues de haber espresado el objeto que allí los reunia y los medios y ocasion de realizarle, concluyó en estos términos:

—Sí, ha llegado el momento de romper ese yugo vergonzoso que nos oprime, de constituir en España un poder independiente, no sujeto á la ambicion estraña que ha aniquilado nuestras fértiles provincias y nos ha es-puesto mas de una vez á caer en poder de los cristianos. Nunca han llegado hasta nosotros los beneficios de nuestros dominadores; pero si las consecuencias funestas de sus odios y eternas discordias. ¿Hay alguno entre vosotros que no tenga sufrimientos y humillaciones de que lamentarse?... Llegó, pues, la hora de manifestar nuestros sentimientos y nuestro poder, ¡La patria aun puede salvarse!

—¡A las armas! si, exclamó Aben-Zahir, ¿pero cuál es el caudillo de valor y de prestigio que ha de dirigir nuestros esfuerzos? ¿dónde está en fin, el principe magnánimo que hemos de poner á nuestro frente?

Esta no era mas que una pregunta diestramente hecha, para que se contestase y proclamase en voz alta un nombre que por lo bajo andaba en boca de todos.

El representante de Abderramen, creyó que á él correspondia la iniciativa en aquel asunto, y levantándose dijo enérgicamente:

—Aun no está estinguida la noble raza de los Omiades para que hayamos de buscar gefe fuera de ella. El brazo del profeta salvó en el dia del exterminio y ha protegido hasta el dia contra sus enemigos, á un vástago ilustre de la sangre de nuestros antiguos califas, á un jóven que despues de mil desdichas ha encontrado la mas grata acogida y ha sabido grangearse ardientes partidarios en nuestros hermanos de Africa. Este jóven esclarecido que por el favor del cielo, su imprescriptible derecho y nuestra espontánea eleccion ha de ser nuestro principe, es... ABDERRAMEN I.

Este nombre fué acogido con unánimes aplausos, y desde aquel momento, acordes todos en su designio, no pensaron mas que en realizarle cuanto antes y en acelerar la venida del principe. No se descuidó éste por su parte, antes con la rapidez que le caracterizaba se embarcó al instante para las costas de Andalucia, donde le llamaba la fortuna, reforzado con los ausilios de sus amigos de Africa y particularmente con mil valerosos guerreros de la tribu de los Zenetes y otras de la costa.

Cuando los partidarios, cada vez mas numerosos y decididos del jóven Abderramen, tuvieron noticia de que iba á desembarcar en la península, salieron presurosos á recibirle. Nada es comparable al entusiasmo ó por mejor decir al religioso respeto que se apoderó de todos ellos, al ver aquel mancebo de veinte y cinco años, tan gallardo, tan afable y en cuya magestuosa frente se ostentaba el anchuroso turbante blanco, emblema y distintivo de la familia de los Omiades, de la que era el último vástago. Prosternados ante él, le decian:

—Llegad, señor, vuestros son nuestros corazones, así como estos reinos que pertenecieron á vuestros abuelos. Contad con nuestros brazos y espadas, si alguien se opone á que tomeis posesion de ellos.

—Sin vuestro generoso auxilio, contestó Abderramen, nada espero y nada poseo, mas que el suficiente valor para perecer en la demanda ó apresurar el dia de vuestra gloriosa regeneracion.

Con tan corteses y modestas razones iba el jóven Abderramen grangeándose los ánimos de los musulmanes,

que por todas partes salían á su encuentro, y que agregándose á su comitiva fueron formando una hueste respetable, con la que hizo al fin su entrada triunfante en la populosa Sevilla.

IV.

El entusiasmo con que las principales poblaciones de Andalucía, recibían y aclamaban al príncipe Omiade, todavía no hubiera sido suficiente para colocar á éste en el trono, sin la profunda anarquía en que entonces se hallaban los depositarios del poder árabe en la península. Los dos emires, Yusuf, soberano de Córdoba, y Amer, que era el emir ó soberano del mar, se hacían una guerra encarnizada, y de poco sirvió á Yusuf triunfar de los sublevados, estrechar y rendir á Amer en Zaragoza, cuando al regresar victorioso de esta expedición le dieron la noticia del desembarco de Abderramen, de su aclamación y de sus rápidas conquistas, pues se hallaba ya á las puertas de Córdoba, donde un hijo de Yusuf sostenía la autoridad de su padre durante su ausencia.

Yusuf, ciego de cólera por la gravedad de estos sucesos que tan funesto porvenir le revelaban, descargó el primer ímpetu de su enojo sobre los portadores de tan fatales nuevas, y sobre Amer y los desgraciados prisioneros que llevaba, á los que mandó alancear de muerte. Desde entonces poseído de un sombrío furor no pensó mas que en aniquilar á su enemigo, para lo que reuniendo sus tropas con las de su segundo Samail logró formar un ejército poderoso. Con él marchó hacia Córdoba resuelto á levantar el sitio; pero Abderramen, por una de aquellas enérgicas y temerarias resoluciones que solo se aplauden cuando son coronadas por el éxito, dejó su infantería al frente de la ciudad, y con diez mil caballos, incluidos sus leales Zenetes, fué á caer sobre el enemigo, cuando menos lo esperaba.

Este ataque aunque no de larga duración, fué escesivamente sangriento, como que se acometían con todo el furor de las guerras civiles, dos partidos opuestos hasta en linaje y en las afecciones de familia. El pendon blanco de los Omiades, solo podía admitir contraposición con otro pendon negro que ondeaba en las filas de los Abasidas, y al rededor de estas fatídicas insignias se despedazaban con furor, la noche y el día ó sea los Omiades, partidarios de la luz, con sus rivales los Abasidas, á quienes con soberano desprecio llamaban los partidarios de las tinieblas. Al fin el pendon negro fué abatido, las tropas de Yusuf y Samail completamente derrotadas, los dos gefes huyeron fugitivos y Abderramen volvió triunfante hacia Córdoba, que abandonada por sus defensores le abrió al instante las puertas.

Desde entonces Abderramen vino á ser el árbitro so-

rano de los musulmanes en la parte que poseían de la península, y no porque le faltasen sublevaciones que comprimir y vasallos turbulentos que castigar, sino porque á todo hizo frente con su ánimo esforzado, triunfando de todos los enemigos interiores y exteriores, incluso el famoso Carlo-Magno. Ni son puramente las glorias bélicas las que han colocado á Abderramen I en el rango de los hombres memorables. Hizose también acreedor al aprecio de la posteridad por las benéficas conquistas del espíritu de civilización á que él supo dar impulso para felicidad de los pueblos que le habían dado la corona. Los hizo independientes, los libertó de los tributos que pagaban á los califas de Damasco, y para competir con ellos fundó ese califato de Córdoba que en grandeza y poderío, había de eclipsar todos los establecimientos de los árabes. Consolidó mas su poder, estableció recta administración de justicia, protegió á los cristianos muzárabes y les rebajó los tributos, fomentó la educación, las ciencias y las artes, y en los treinta y dos años de su reinado hasta el de 787, en que falleció, no dejó de practicar esta máxima que fué una de las que inculcó á su hijo antes de morir.

—No ceses nunca de merecer el afecto de tus pueblos: en su amor se funda la seguridad del estado; en su temor el peligro y en su aborrecimiento la ruina cierta.

Edificó la célebre mezquita de Córdoba enriquecida con riquísimas preseas y alumbrada por cuatro mil setecientas lámparas; mezquita que hoy día consagrada en iglesia catedral, fué en su tiempo objeto del culto y de las peregrinaciones de los musulmanes que la tenían por la primera del mundo, despues de la de la Meca.

Otra de las virtudes de Abderramen fué el no haberse ensoberbecido en medio de su naciente prosperidad y no haberse olvidado de sus antiguos amigos y favorecedores del desierto, á quienes trajo á su lado y recompensó espléndidamente. Deseoso de tener siempre á la vista un vivo testimonio de las vicisitudes de la fortuna, había plantado en sitio predilecto de su jardín una palmera, la única que descollaba en toda la España, y la vista de aquel árbol le recordaba los tiempos en que proscrito y errante toda su dicha consistía en reposar á su sombra. Esta palmera á la que el califa no podía mirar sin grata melancolía, era también objeto de piadosas meditaciones para los árabes, y mas de una vez los alfaquis y los ancianos al pasar junto á ella y recordar los sucesos que representaba, exclamaron.—¡Bendito mil veces el Señor cuya diestra abarca los imperios, reparte reinos, poderío y grandeza á quien le parece, y quita reinos, poderío y grandeza á quien le place!

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LAS FERIAS.



Deriva la palabra **FERIA**, de la latina *Forum*, que significa plaza pública o sitio en que se tiene el mercado. La feria se diferencia del mercado en el mayor número de compradores y vendedores que atraen a un sitio la franquicia de los géneros concedida por el gobierno, y en que los mercados son diarios o semanales y las ferias tienen al año días determinados. Los griegos llamaron *Agora* á las plazas públicas y los romanos *Forum*, nombre que no solo pusieron á sus 17 plazas públicas, de las que la tres estaban destinadas á la administración de justicia, por lo que se les llamaba *Fora civilia y judiciaria*, (á las otras donde se vendían los comestibles y mercaderías se las denominó *Fora Venalia*) sino á las poblaciones del imperio en las que se tenían las ferias, como el *Forum Livii*, el *Forum Julium* y otras, en las que haciéndose muchas habitaciones para la comodidad de los concurrentes, llegaron á ser grandes poblaciones que tomaron un nombre además del dicho. Si hubiéramos de hacer mención de los foros ó plazas públicas romanas, sería preciso describir las ricas colecciones de estatuas que las adornaban, entre las que merecían el primer lugar los foros ó plazas de *Trajano*, *Antonio*, *Nerva*, y sobre todo el *Forum Romanum*, pero no siendo esta nuestra misión por hoy, solo añadiremos, que no había en la antigüedad ciudad alguna, por pequeña que fuese, que no tuviese una plaza donde se reuniese el pueblo y donde se administrase la justicia, hasta que se construyeron á este efecto las basílicas (1). Quieren algunos etimologistas que *feria* se derive de *feriis*, voz latina que significa fiesta, y dan por razón, el que antiguamente por lo regular solo se tenían en los sitios donde se celebraban las fiestas y dedicaciones de las iglesias, particularmente en España, Francia y Méjico, en que se verificaban regularmente á campo raso, con barracas hechas al intento para la comodidad de vendedores y compradores, con las cuales se hacían calles y daba al sitio el aspecto de una gran caravana ó pueblos ambulante.

Dejando á un lado el origen mas ó menos antiguo de las ferias en los países conocidos, y ciñendonos á las de España, tenemos que remontarnos á los primitivos tiempos para hallarle, y á pesar de esto no le encontraremos. Reuniendo todas las pocas noticias que sobre este punto se hallan diseminadas en nuestras crónicas é historias, y lo que sobre ellas dice Morales en sus *Antigüedades de España*; Giron, en su *Memorial Estrellado*; Salas Calderon, en su *Gabinete de Antigüedades*; Cobarrubias, en

(1) Los foros deben tenerse por los edificios mas magníficos de los romanos; eran muy vastos, de forma cuadrada, y adornados por todos lados con pórticos y galerías de la mas brillante arquitectura, en las cuales había mesas para vender las mercancías. Las ferias de los romanos eran de ocho á ocho días, cuya costumbre se introdujo en los mercados de España, que aun se conserva, los jueves en Madrid y en Sevilla, los martes en Zamora, y en otras partes. Los romanos publicaban las leyes en estos días para que fuesen mas públicas y las supiesen todos.

TOMO IV.

el *Origen de la lengua*; Solís, en la *Historia de Nueva España*; Florinda de Ocampo, y Aristóteles é Hildebrando al hablar de la Península, procuraremos dar noticia de esta antigua costumbre.

Atendiendo á las noticias mas antiguas que dan nuestras crónicas, las ferias datan en España desde que se empezó á poblar segunda vez el año 1030 antes de J. C. por haber quedado inhabitada en la gran sequía que padeció. Se dice que entre las naciones que vinieron esta vez á poblar la península, fueron los ródios, señores entonces de los mares, los cuales fundaron en Cataluña la ciudad de *Rosas*, frente al sitio en que se fundó despues *Ampurias*, con el fin de celebrar en este puerto sus ferias de donde las tomaron los españoles (1). Que los fenicios, envidiosos de las riquezas que adquirían las ródios en España, vinieron á *Tarteso* (Cádiz) por los años de 3180 de la creación, 821 antes de nuestra era, y trayendo sus mercaderías, hicieron sus ferias con los españoles, dándoles aceite y otros frutos y telas fabricadas en su país, por el oro y plata de nuestras ricas minas.

Estas parecen haber sido las primeras ferias que ha habido en España.

La primera ciudad considerable de España en los tiempos de que hablamos, puede decirse que fué *Tarteso*, si bien otros quieren fuesen *Tarifa* ó *Carteya*, pero sea lo que quiera, lo cierto es que la primer feria de mercaderes que aparece en Andalucía, existió en este punto, y ella fué la mas rica y abundante de toda la península por muchos tiempos. Los fenicios, segun el bibliotecario fray Juan Giron, hicieron por muchos años el comercio con España, y ellos proveyeron no solo la indicada feria, sino que las establecieron en Cádiz, Córdoba, Málaga, y otras partes que cita Strabon, al hablar sobre el comercio de los fenicios en este país.

Los ampurienses prosiguieron aumentando la concurrencia de sus ferias, y estendiéndose por todo el principado de Cataluña y costa de Valencia, se fué estendiendo esta costumbre que acabaron de generalizar los cartagineses, nacion puramente guerrera y comercial, que se apoderó de las costas de España.

Los romanos establecieron las ferias en casi todas sus colonias, y no pocas les fueron fatales, pues que en algunas de ellas castigaron su confianza los enemigos de su nombre, hasta que conquistada á fuerza de sangre toda la península, perdieron su última guarida los hijos de Cartago.

Los godos siguieron á los romanos en la costumbre de las ferias, y en los días en que se celebraban se concedían franquicias considerables á los vendedores, particularmente en las que se verificaban en Toledo, Burgos y Gijón.

Apoderáronse los árabes de la España, y destruida la monarquía goda, los creyentes del Coran, por un espíritu inconcebible de tolerancia, puesto que esta se opone al fundamento de su religion; dejaron á los cristianos el uso de su religion y de sus prácticas y costumbres, y como una de ellas eran las ferias, siguieron celebrándose estas en todos los pueblos en que la guerra no lo impedía, y aun algunas veces se hacían treguas en obsequio al comercio de ambos contendientes. Las ferias de Córdoba

(1) Se asegura que los españoles tomaron de los ródios la moneda de cobre con que se entendían en sus compras y ventas, y estas monedas y las de Ampurias son conocidas en numismática, y de ellas posee algunas la Biblioteca Nacional en su Museo de Medallas.

Mairena, Sevilla y Málaga entre los moros de Andalucía, y las de Medina del Campo (1), Zamora, Leon, Burgos, Mérida y Valladolid entre los españoles cristianos, fueron las que aparecen con mas nombradía, y tanto en unas como en otras, los comerciantes de ambas creencias acudían á vender sus géneros, si bien los judíos eran los que iban en mayor número y los que sacaban mas provecho de ellas, porque eran tambien los que mejores géneros presentaban. Los principales géneros que se vendían en estas ferias, eran armas, caballos y monturas, cosas en aquella época de mayor salida, pero sin embargo las ricas telas de Oriente, y los preciosos brocados y bordados ejecutados por las industriosas musulmanas, alegraban la vista de las hermosas y aligeraban como hoy el bolsillo de los galantes esposos y adoradores, y el de los cariñosos padres.

Conforme fueron los reyes españoles conquistando sus estados y venciendo á los moros, fueron concediendo á sus pueblos ferias, ya francas ya con derechos ó alcabalas, y en esta costumbre se ha seguido hasta nuestros días, en que hallan mas que nunca generalizadas las ferias por que las puede tener todo el pueblo que lo solicite (1).

Segun el satírico Marcial, á quien se refiere Salas Calderon, en las ferias que tenían los romanos al celebrar sus fiestas saturnales, se acostumbraba á hacer regalos á las jóvenes por sus amantes, y á los niños por sus padres y encargados, y los amigos se enviaban mutuamente regalos, recordando en estos actos de liberalidad, la abundancia que producian las benéficas artes que enseñó á los hombres su fabuloso dios Saturno. La costumbre de estos regalos que nosotros indicamos con la palabra *feriar*, pasaria de los romanos á los españoles, y ha llegado hasta nosotros, si bien tan decaída que tiene ya poca parte en ella la galantería y caballería, y ha quedado casi reducida á ser exclusiva de los niños, que

(1) La feria de Medina del Campo, ha sido en la edad media una de las principales del mundo por su gran concurrencia, y las leyes hacen varias veces mencion de ella, entre otras la ley 1.^a, libro 9, título 20 de la Recopilación, que dice: «Ondamos que ferias francas y mercados francos no sean ni se hagan en nuestros reynos y señorios, salvo la nuestra feria de Medina y las otras ferias que de nos tienen mercados y privilegio.»

(2) Dice Solís que cuando los españoles conquistaron á Méjico, hallaron con admiracion, que en aquel desconocido país se hacian las ferias mas abundantes y ricas del mundo, particularmente la que se verificaba en la grandísima plaza denominada de *Flatelutlo*. Además de esta plaza, dice el historiador Herrera, que se hacia una ciudad de tiendas compuestas de barracas, ricamente adornadas y formando calles, en las que se colocaban los plateros con joyas y alhajas tan perfectamente hechas que sorprendian á los artifices españoles, telas hasta de pelo de conejo, preciosos vasos de bicaro y barro de diversos colores, y cuantos géneros de frutas agradan al paladar; que las compras se hacian por medio de permuta, sirviendo el maíz y el cacao de moneda para las cosas menores. Que no se gobernaban por el peso ni le conocian; pero que tenían diferentes medidas con que distinguir las cantidades y sus números y caracteres, con lo que ajustaban los precios segun sus tasaciones. Para mantener el orden y concierto que habia en aquellas ferias en que acudia tanta gente, habia en ellas una tienda donde se hallaban los jueces de comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias que ocurrían en la feria, y tambien habia agentes de justicia que andaban entre aquella multitud, cuidando del orden é igualdad de los contratos, los cuales conducian al tribunal á los que cometían algun fraude ó esceso que merecia castigo. Sea tomado de los mejicanos ó de los romanos que tenían el tribunal de justicia en las plazas públicas, en España en que está la municipalidad encargada de las ferias y mercados, vigila por medio de sus individuos y por el de sus alguaciles, el orden de los mercados y ferias y en estas tiene Madrid una casilla donde se deciden las diferencias y casos que ocurren.

adquieren en esta época sus marciales juguetes, y las niñas sus fútiles muñecas (1).

Si bien no puede dudarse que en Madrid habria ya ferias en tiempo de los árabes, como las habia en casi todos los pueblos dominados por ellos, constándonos las tenían en Getas (hoy Getafe) pueblo de consideracion entonces, en los anales de esta villa no las hallamos hasta la mitad del siglo XV, en que las concedieron en remuneracion de parte de su territorio.

Habiendo don Juan II dado en señorío á su criado don Luis de la Cerda, las villas de Cubas y de Griñon pertenecientes á Madrid, remuneró esta pérdida concediendo á esta villa dos ferias francas, la una por San Miguel y otra por San Mateo, segun lo demuestra el siguiente privilegio dado en Valladolid, á 8 de abril de 1447:

«DON JUAN etc. Por facer bien é merced á vos el condejo, é alcaldes, é regidores, é oficiales, é caballeros, escuderos, é homes buenos de la villa de Madrid que agora sois é fuésedes de aqui en adelante, y en enmienda y satisfacion de los lugares de Griñon é Cubas, que eran de la dicha villa, de que yo fice merced dellos á Luis de la Cerda, mi criado é mi oficial; por que la dicha villa sea mas enoblecida é mejor poblada; é por cuanto enviasteis á suplicarme é á pedir merced: por ende concedo á vuestra suplicacion, mi merced é voluntad es: que agora é de aqui adelante para siempre jamás sean francas las dos ferias, que de mí tenedes en cada un año, de 15 días cada una dellas etc.» Y refrenda el doctor Fernando Diaz de Toledo, oidor refrendador y secretario del rey.

En el día solo ha quedado la feria de San Mateo que empieza el 21 de setiembre, é dura quince días; y la de San Miguel, que empezaba el 8 de mayo, se suprimió por poco productiva.

Las referidas ferias se celebraron en lo antiguo, primero en las afueras de la puerta de *Guadalupe* donde se colocaban las frutas y demas efectos, y en la *Segovina* y de la *Vega*, donde acudían los vendedores de caballos, de mulas y demas animales. Construida la Plaza Mayor (hoy de la Constitución) se trasladaron las ferias á aquel punto y al Prado de San Geronimo, donde se vendían los animales, sitio donde permanecieron hasta en tiempo de Fernando el VI, que se verificaron en la plazuela de la Cebada para los efectos, y la del Rastro para los animales, donde las hemos conocido hasta hace algunos años que se las trasladó á la calle de Alcalá. El año 1879, se pusieron como por ensayo en la Plaza Mayor en unas bonitas y sencillas hileras de cajones, hechos en su beneficio por los pobres de San Bernardino; pero reparando no ser ya hoy día aquel sitio lugar á propósito por la mucha concurrencia, se volvieron á la calle de Alcalá, donde se hallan al escribir este artículo, colocados los efectos en los referidos cajones de San Bernardino, habiéndose situado el mercado semanal de los animales en el portillo de Valencia y plazuela de Lavapiés. La feria de Madrid á pesar de cuanto se diga y de ser en este pueblo feria todo el año, es de las mas concurridas en España.

B. S. CASTELLANOS.

(1) El D'iccionario de la lengua en su primera edicion dice: que *ferias* significa tambien dádivas ó agasajos que se hacen por el tiempo que hay feria en algun lugar; y se dice regularmente dar ferias, que es lo mismo que regalar con cosas compradas en la feria. Lat. *Nuudinaria munuscula*. El marques de Esquilache, con referencia á las ferias de Madrid, dice en el romance 40:

Ferias me pide por mayo
y para pedir las Menga,
cada día es San Miguel,
y todo el año son ferias.

La mayor parte de nuestros líricos han descrito las ferias, en particular las de Madrid, y aun nuestros mas célebres dramáticos han dedicado algunos versos á ellas.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



(Un burro! es un burro! gritaron en coro todas las voces.)

APOTEOSIS DEL ASNO.

Mi tío Samuel, generalmente tan metódico y pacífico en sus costumbres, por nada abandonaba su biblioteca a no ser para dar un paseo todos los días y a la misma hora por las orillas del río. Juzgue ahora el lector del asombro de toda la familia, cuando una mañana le vimos armado de un metro, tomar medidas en el patio, calcular alturas y combinar misteriosamente en su cartera, multitud de líneas y cifras. El día siguiente aumentó aun mas nuestra curiosidad el ver a mi tío, que en todo el día no había dejado de ir y venir a la ciudad y que durante la comida se mantuvo absorto y meditabundo, volver a sus operaciones cabalísticas con un hombre armado de un delantal de cuero y un palustre pendiente de la cintura. Este hombre con quien habló largo tiempo en voz baja, salió y volvió dos horas después, en compañía de dos peones, tirando de un carretón lleno de ladrillos, maderos y mezcla. Colocaron todo aquello en mitad del patio y establecieron su armazón. Comenzaron en seguida a colocar los ladrillos sobre unos otros, a afirmarlos con la mezcla y hacer en fin una verdadera pared.

Esta se elevaba seis pies poco mas ó menos sobre el

nivel del terreno, y al mismo tiempo se levantaba enfrente otra pared de la misma altura y espesor y paralela a la primera. Antes que llegase la noche, otra tercera pared, en la cual se había dejado espacio para colocar una puerta, se había unido a las otras dos, formando así una pequeña pieza alumbrada por una tronera. Concluido esto, mi tío Samuel despidió a los albañiles y demás trabajadores repitiéndolos muchas veces:

—No os olvideis de recomendar la mayor exactitud al maestro carpintero.

Sucesos de mucha menos gravedad hubieran conmovido a nuestra pequeña república, compuesta de mi padre, mi madre, mis dos hermanas Luisa y Maria y mi hermano Pablo. Basta decir que hasta nuestro viejo profesor de latin y griego, el señor Robustiano, se asombró a la vista del edificio construido repentinamente por orden de mi tío, ignorándose aun el huésped para quien se destinaba.

Desgraciadamente nadie podia responder a esa pregunta, dirigida varias veces a mi tío por mi padre y mi madre. Mientras esperábamos esta respuesta con las mas vivas emociones de curiosidad, el anciano contestaba a cuanto se le preguntaba con un silbido medio enojadizo, medio alegre, que solia emplear en las ocasiones importantes. Cuando mi madre se empeñó mas en penetrar el misterio, la cogió ambas manos, la miró con ternura y

sin poder contener una lágrima que asomaba á sus grandes ojos azules:

—Ya sabrás mas tarde lo que quiero hacer, la dijo; ya lo sabrás, querida hermana.

Después volvió la cabeza, tomó un gran polvo, y fué á vigilar al carpintero que ponía una puerta á la casita improvisada.

En el momento en que la puerta pudo girar sobre sus goznes, mi tío que picaba en cerrajero, le puso un gran cerrojo y dos argollas, por las cuales pasó el extremo de una cadena, y dando dos vueltas á la llave la guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Varios trabajadores de diferente clase estuvieron ocupados por espacio de dos días en el misterioso aposento, á donde no pudo penetrar ningun individuo de la casa.

Pasados estos dos días, se levantó mi tío Samuel al rayar el tercero, contra su costumbre, y no asistió á la hora del almuerzo; no volvió sino cuando ya era bien entrada la noche y entró con tanta precaucion que nadie lo supo antes del momento de cenar. Entonces bajó de su cuarto con una bugia en la mano, como solia hacer siempre, y un libro de bajo del brazo.

—¿De donde vienes, hermano? le preguntó mi madre con su inefable sonrisa de bondad.

—Vengo, contestó mi tío, de traer el huésped para quien he hecho construir la casita del patio.

A estas palabras todos los corazones latieron de impaciencia y curiosidad. Nadie tuvo hambre y todos se precipitaron hacia el nuevo edificio. Por desgracia la cadena cerraba tenazmente la puerta.

—Ahora bien, dijo mi tío, puesto que á la fuerza se quiere saber mi secreto, será preciso que lo revele.

Diciendo esto sacó una llave del bolsillo dióla dos vueltas, tiró de la cadena, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y extendió los brazos para impedir el paso.

—Que nadie entre, dijo; quiero yo mismo presentar á mi protegido.

Seguia hablando todavía cuando una voz mas sonora y penetrante que una corneta agitó los aires, con tal tono y fortaleza, que no pudimos menos de estremecernos de sorpresa.

—Un burro! es un burro! gritaron en coro todas las voces.

—No es un burro, sino una burra, dijo mi tío presentándonos la reciénvenida que sacudía gravemente sus largas orejas y entreabria como sonriéndose los rosados labios de su boca argentada.

Cada uno queria festejar y acariciar al excelente animal; Maria, revestida con toda la autoridad de una jóven de dos años, exigía que se la sentase un momento sobre los lomos de la burra. Nadie pensaba en la cena y fué menester que mi madre recordase por dos veces que el potage estaba servido, y que un excelente guiso de hongos corria peligro de enfriarse.

Dieronse los últimos abrazos y caricias á la burra, y ella volvió á ocupar su puesto delante de un gran pesebre rebosando de paja, con lo cual fuimos á sentarnos nosotros á la mesa.

¿Será preciso añadir que durante la cena no se habló mas que de la burra, de su belleza, de su docilidad y de su magnífica cuadra?

—Hermano Samuel, dijo mi madre, ¿qué causa te ha movido á hacer construir en la casa una cuadra para alojar una burra, cuyo servicio no has necesitado en tanto tiempo?

—Mi tío miró á mi madre como lo hizo aquel día en que no quiso satisfacer á sus preguntas sobre el pequeño edificio, y cogiéndole como entonces ambas manos, la dijo con la voz balbuciente:

—Hace un mes, que toses un poco, hermana mia, y el médico ha dicho que la leche de burra podrá sanarte de ella.

—Mi madre se echó al cuello de mi tío Samuel y cada uno de nosotros quiso abrazarle.

—Eres el mejor de los hombres, murmuró mi madre vuelta un poco de su primera emocion.

El tío Samuel reía y lloraba á un tiempo.

—La leche de burra es ligera y saludable, dijo el maestro Robustiano, que habia olvidado apurar su vaso lleno de vino, por cuanto habia participado del enternecimiento general. Contiene mucha azúcar, bastante crema, y gran parte de materias gaseosas. Ella fué causa de que prolongase su vida Francisco I de Francia, á quien consumia una fiebre lenta. Este príncipe hizo venir de Constantinopla á un médico judío, que pasaba por el doctor mas hábil de su tiempo, el cual prescribió á su enfermo por todo remedio, el uso de la leche de burra. Desde entonces, la facultad siguió recomendando á las personas delicadas este medicamento tan dulce como agradable.

—¿Y es posible que entre nosotros sea el asno un simbolo de reprobacion! ¿que se cite su nombre como una injuria! dijo mi madre, ¡qué injusticia y qué ingratitud!

—El asno, añadió el maestro Robustiano con su voz doctoral y lenta, no tiene otros vicios que los que le da el hombre; si recibiera la misma educacion que el caballo, no podria reprochársele su tenacidad.... Pero castigado sin cesar, mal alimentado, agobiado con el peso de cargas demasiado pesadas para él. ¡Cómo queis que su carácter no se agrie!

—Por lo demás, dijo mi padre, esta injusticia con respecto á los asnos no existe sino en Europa. En el Cairo sirven de cabalgadura á las personas mas ricas, y las circasianas los prefieren á los mejores caballos. No ceden en ligereza á los dromedarios, á pesar de la longitud de las piernas de estos últimos. En Malta y Cerdeña, adquieren una hermosura en sus formas que muchos caballos envidiarían.

—En la isla de Madera, añadió el maestro Robustiano, se considera el cuerpo de los asnos como el refugio mas glorioso, adonde puedan trasmigrarse las almas de los héroes muertos en defensa de su patria. De modo que el asno en este pais es el objeto de la veneracion pública.

—Buffon ha vengado al asno de nuestros desprecios, continuó mi padre. Una de sus mas elocuentes páginas está consagrada á la rehabilitacion del asno.

—El divino Salvador de los hombres lo eligió por montura, el día en que entró triunfante en Jerusalem, en medio de las aclamaciones del pueblo, añadió mi piadosa madre.

—Yo he visto en mi juventud, en la feria de San German, un asno que resolvía muy bien cuestiones de cuarto grado, contestó el maestro Robustiano, que se apercibió por último de que su vaso estaba lleno, y lo apuró de un sorbo.

—La burra manifiesta una ternura estremada por sus hijos. Ultimamente, en el incendio de una quinta, una burra á quien se habia sacado de su cuadra ya abrasada, se echó en medio de las llamas y volvió á aparecer con su pollinito entre los dientes, que por tal medio le debió la vida.

—Mi tío Samuel habia guardado silencio hasta entonces.

—¿Y qué! díjole mi padre, ¿nada tienes que decir sobre el asno, tú tan científico en todo lo demás, y que sabes descubrir en los libros tantas cosas que ignora todo el mundo?

—Sí; ciertamente, tambien diré algo, replicó el tío Samuel sonriendo; os dejo agotar los lugares comunes y me reservo para la parte inédita. Voy á hablaros del asno y de su valor místico entre los antiguos. Ninguno de vosotros sospecha una palabra de lo que voy á decir.

Levantámonos de la mesa y fuimos á colocarnos al rededor de la chimenea en el gabinete de mi madre. Mi tío Samuel tomó pacíficamente su gran taza de café, después de lo cual se arrellanó en su ancho sillón, puso sus pies sexagenarios sobre un cojín que le dió la pequeña María, y tomó la palabra. Guardóse desde aquel instante un profundo silencio. María se acurrucó en el regazo de mi madre, donde no tardó en dormirse profundamente.

—El asno en libertad, dijo mi tío, vuelve siempre la grupa al viento; y esta particularidad que notaron los egipcios, le valió el honor de ser en los tiempos primitivos el símbolo del viento.

—Esa observación, dijo mi padre, no solamente la hicieron los egipcios, sino también todos los pueblos de la antigüedad. En nuestros días, los paisanos de la provincia de la Alcarria, que avientan el trigo por la noche, ponen un burro en la era y observan la posición que toma. De modo que el asno es para ellos una *veleta palpitante* (como dijera cualquiera de los sabios, importado á nuestro país de allende los Pirineos) la cual les indica al golpe de vista de qué parte viene el viento por sutil y suave que sea.

—El nombre anomatopéico, del asno es *Ḥīā*, añadió mi tío, y sus principales nombres místicos son *Az* ó *As* y *Bor*.

—Mi padre entonces explicó á su vez que la raíz *Az* ó *As* se halla en la palabra gascona *hace*, que significa todavía asno, en la misma palabra castellana *asno*, en el latín *asinus*, en el egipcio *Azn* ó *azen*, que en un principio significaba el burro joven, se extendió después á dar nombre á las orejas, sin duda por la magnitud de las del burro, usándola los celtas para designar á cualquier animal que tuviera orejas grandes como el asno y la liebre, que todavía conserva en el alemán el nombre de *hase*.

—Y yo añadiré, con respecto á la raíz *Bor* interrumpió el maestro Robustiano, que la vemos en la palabra griega *Boreas*, (viento del norte así como en la egipcia *Bor*) nombre del asno primitivamente, y que acabó por significar *estúpido*; sin olvidar que nuestras dos palabras *borrasca* (golpe de viento) y *borrica*, hembra del asno, y otras muchas tienen por primera sílaba la misma raíz.

—El asno, continuó mi tío, símbolo del viento, llegó á ser también entre los egipcios, el símbolo del soplo (*spiritus*) de la respiración, y por último de la vida.

La hembra, mas sensible aun á la impresión del aire que el macho (1), fué la que sirvió con especialidad para símbolo del viento. Por lo demás como el aire, ó el viento, que no es mas que el aire agitado, pertenece al género femenino, en lengua egipcia, debió preferirse la hembra para expresar el geroglífico. Sabiendo esto, fácil nos será comprender la inscripción geroglífica de una urna de la *Villa Albani*, sobre la cual se veían un asno y una campanilla; siendo el primero el símbolo de la vida y la segunda de la memoria, es decir, de lo que se recuerda; la inscripción significará *recuerdo de la vida* como en efecto lo confirma una traducción griega que tiene al pie.

—Y es eso tanto mas cierto, se apresuró á interrumpir el entendido maestro Robustiano, cuanto que con el valor simbólico del asno pueden explicarse las famosas armas de Bourges en Francia. La explicación no puede ser mas natural; no repetiré á vds., pues es cosa muy sabida, que las antiguas y célebres armas de la ciudad de Bourges se reducen á un *asno sentado en un sillón*; pero lo que acaso ignorarán será el origen de esta particularidad y hélo aquí: la ciudad de Bourges, rodeada en toda su extensión por ríos y pantanos, no era accesible, según nos dicen las crónicas, sino por el costado construido al sudoeste (2); de

modo que para hacer á la ciudad inespugnable, ordenó Felipe Augusto en 1190 que se fortificara aquella parte que antes era de tan fácil acceso; construyéronse, pues, en aquel lado de la ciudad poderosas murallas y grandes fortificaciones, desde donde se descubría una dilatada extensión del país, y se colocó en el mismo costado una fortísima y alta torre (la torre de Berry desde donde se extiende la vista á cuatro leguas de distancia). Después de haberse fortificado de esta suerte, no temiendo ya los habitantes de Bourges sorpresa alguna, y queriendo simbolizar su seguridad, sentaron aun asno, emblema de la vida, en un sillón, emblema del reposo.

Algunos sabios, prosiguió mi tío, han pretendido que el asno era un animal inmundo entre los egipcios, y no puede haber error mas craso, puesto que siendo en general el emblema de la vida, ha habido ocasiones en que ha servido para la representación material de Dios. Tácito cree que la veneración que tributaban al asno los judíos, provenía de que este animal les descubrió un manantial de agua cuando erraban por el desierto; de la misma opinión participa Plutarco; pero como según el Exodo fué el mismo Dios quien enseñó á Moisés á hacer brotar el agua de una peña y no hace mención de que fuese por medio de asno alguno, resulta que para acomodar á Tácito y Plutarco con el Exodo es necesario convenir en que, á pesar del artículo cuarto de la ley, los herejes de Jerusalem adoraban un Dios bajo la forma de un asno.

En el santuario de Tébas era el símbolo de la divinidad, y tenía el nombre de Alhiboruin, y al hijo de este se le llamaba en los misterios Azan (1). Si se descompone la palabra Alhiboruin por las raíces de la lengua sagrada, expresa *Al*, grande; *Hi*, Dios; *Bor*, soplo; *un*, principio, esto es, Dios, poderoso principio de la vida, Alhiboruin degeneró después en Aliboron, que es uno de los nombres grotescos del asno. La raíz *un* que significa principio, puede también dar la idea de Dios, como principio de todas las cosas, y esta es la causa de que la unidad representase á la divinidad en tiempo de Pitágoras. La figura de la cifra 1, así como la de la letra *i*, se deriva de la representación material de Dios, es decir, del *menhir* céltico. El asno, símbolo de Dios, dió su nombre á la unidad que también representaba el Ser supremo; y por otra parte siendo también símbolo de la vida acompañaba siempre á Priapo, pues era la víctima mas agradable que podía ofrecérsele.

—En efecto, dijo el maestro Robustiano frotándose las manos, por lo general se inmolaban á las diferentes divinidades sus propios símbolos; y así vemos que el toro, símbolo del agua, se inmolaba á Neptuno; el carnero, símbolo de la autoridad, á Júpiter; el cerdo, símbolo de la agricultura, á Ceres; el asno, á Marte, Dios de la guerra, en el mismo sentido místico que en varias alegorías egipcias.

—Como símbolo de la vida, continuó mi tío, ocurría á cada paso en las escrituras geroglíficas, y los escribas en la necesidad de adoptar un medio para abreviar un símbolo tan complicado convinieron en pintar solamente, para expresar la idea de la vida, uno de los caracteres distintivos del asno, es decir, las dos fajas cruzadas que tiene sobre las espaldas.

La oportunidad de manifestar sus conocimientos en historia natural, regocijó sobre manera al maestro Robustiano que añadió:

—El asno tiene dos fajas negras que se cruzan sobre las espaldas; la una sigue la columna vertebral en toda su extensión, y la otra pasa por debajo de los homoplatos.

—La longitud de sus orejas, siguió mi tío, hubiera podido pasar también por uno de sus caracteres distintivos; pero como la liebre, símbolo del oído en los geroglíficos, tiene orejas mas largas que el asno á proporcion de su ta-

(1) Los caballos participan también de esta manía del asno. De ahí los *caballos*, *hijos del Céfito*, cuyo vigor y ligereza parecen confirmar su noble origen.

(2) Que du costé où elle estoit battue au de sudive.

(1) Descompuesta esta palabra por la lengua sagrada significa *hijo de Dios*.

maño, la oreja, símbolo también del *oído*, es la abreviatura geroglífica de *liebre*. Volviendo á la cruz del asno, hay veces en que espresa la idea única de la vida, como se ve en algunos obeliscos de las edades primitivas.

—¡Oh! y entre ellos, interrumpió el maestro Robustiano, que picaba también en satírico, el obelisco de *Alejandro* debe considerarse como el más antiguo de todos. Los Tolomeos probablemente fueron los que robaron ese obelisco al alto Egipto, para embellecer la ciudad de *Alejandro*. De lamentar es que esos monumentos astronómicos, cuyo principal valor consistía en estar colocados como lo fueron por los astrólogos, y que hubieran podido dar la solución de un problema importantísimo para la astronomía, hayan servido para adornar los sitios públicos de ciertas capitales.

La dulce voz de mi tío continuó:

—Como llegó la figura del asno á representar la divinidad, que es el principio de la vida, la cruz, abreviatura del mismo asno, fué también el símbolo de Dios; y un áspid mordiéndose la cola, superpuesto á la cruz, es el símbolo de la inmortalidad.

Por no molestar á vds. con una larga digresión, diré solamente que llamaban los egipcios *Typhon* (*el mal principio*) á todas las plagas en general que desolaban al país, y como entre todas ellas las más terribles eran los vientos periódicos del sur y del oeste, que traían durante los meses de abril y agosto, emanaciones pútridas y calores sofocantes que ocasionaban una mortandad prodigiosa, llamaron á estos vientos por excelencia *Typhon*, nombre que dan todavía á ciertos huracanes. Ahora bien, la hembra del asno que simbolizaba al viento en general, siendo el símbolo particular de los del sur y el oeste, lo era por consecuencia del mal principio, de *Typhon*; y como los vientos que llevaban este nombre eran abrasadores, se tenía cuidado de pintar de rojo la burra que los representaba, y de aquí los griegos, que á la verdad no profundizaron mucho esta materia confundían al asno con su hembra diciéndonos que los egipcios consagraban sus *asnos rojos á Typhon* (1).

En la mitología egipcia, se menciona cierta reina de Etiopía, llamada *Aso*, que se asoció á *Typhon* (*el mal principio*) para combatir á *Osiris* (*la inundación*). Esta *Aso*, como lo indica la descomposición de su nombre por las raíces de la lengua sagrada, no es otra que el viento del sur, que, impeliendo las nubes hacia el Egipto, les impide amontonarse sobre las montañas que están del otro lado del Trópico; y como estas mismas nubes, al resolverse en agua, son precisamente la causa de la intumescencia periódica del Nilo, este viento puede ocasionar la sequedad en Egipto, es decir, una inundación casi insignificante, y por consiguiente la miseria que se atribuía al mal principio.

—La sequedad en Egipto, dijo mi padre, país donde tan raras veces llueve, debe considerarse como el resultado de una crecida débil del Nilo, y no como efecto de la falta de lluvias accidentales que no hacen más que humedecer muy superficialmente la tierra. Los vientos del sur que impelen las nubes sobre el Egipto, deben ocasionar en él lluvias y arcos iris; pero como estos mismos vientos impiden que se aglomeren las nubes del otro lado del Trópico, nubes, que como ya hemos dicho, causan la intumescencia periódica del Nilo, se sigue que en Egipto la lluvia, y los arcos iris, son presagios de sequedad, ó lo que es lo mismo de una inundación muy débil. Si los filósofos del siglo XVIII, que se permitían burlarse de todo lo que no comprendían, hubiesen sabido que el Génesis se debe leer teniendo en cuenta el clima, y que en fin el arco iris, presagio para los egipcios de una débil inundación,

(1) La burra de color rojo tenía en Egipto el nombre de (*Borighsh*) *borighesh*, bor, viento, *igush*, destructor. De este nombre se deriva nuestra palabra *borrico*.

era un símbolo de sequedad, no se hubieran asombrado de que Dios se sirviese precisamente del signo precursor de la lluvia para indicar que no sumergiría al mundo.

—Entre los griegos, dijo el señor Robustiano, el arco iris era el presagio, y por consiguiente, el símbolo de la lluvia y lo mismo sucedía entre los latinos.

—Según la mitología que he mencionado ahora, continuó mi tío Samuel, los setenta y dos conjurados que se unieron á *Typhon* para combatir á *Osiris*, se explican por los vientos que soplan de las setenta y dos partes de la tierra, según la división que de ella hacían los egipcios.

El terror que los vientos del sur y del oeste inspiraba á los egipcios, acabó por extenderse á la burra roja de los geroglíficos, que los representaba, y ultimamente á las burras, cuyo color de pelo se aproximaba al rojo. Así es que el mal principio, personificado en la figura de un hombre con cabellera roja, vomitando llamas y rodeado de aspides, símbolos de la muerte, producía tal horror que su sola imagen acabó por inspirar miedo, y por último, los hombres que por desgracia tenían el pelo rojo, fueron considerados como réprobos. Los fanáticos destruían los burros y burras rojas, y creían entrar en la gracia del buen principio haciendo toda clase de injurias á sus compatriotas que tenían el mismo color de pelo; en *Yalithga* se quemaba vivos á estos hombres infelices, á quienes se les llamaba *typhonianos*, y sus cenizas pasadas por tamiz, se echaban al viento para apaciguar la cólera del mal principio. Los habitantes de *Coptos*, de *Busiris*, de *Abgdas* y de *Licopolis*, que eran los pueblos más ignorantes y por consiguiente más fanáticos del Egipto, confundiendo en su celo contra *Typhon* al macho y á la hembra del asno, sin distinción de pelo, llevaron la superstición hasta el grado de no querer oír el sonido de una trompeta, porque le hallaban alguna semejanza con el rebuzno del asno.

Sin embargo en *Memphis*, la burra, símbolo del viento, gozaba de gran consideración en los misterios de *Phtha*: solo á ella pertenecía el honor de conducir la estatua de este dios en las fiestas que se le consagraban; servía también de montura ordinaria á las vírgenes sagradas, guardianas del fuego eterno; y en fin el dios figuraba en los santuarios hacer su entrada en el mundo, conducido por el viento, simbólicamente representado por una burra.

Florus-Apolo pretende que el asno entre los egipcios era el símbolo de un ignorante, de un hombre que no había estudiado la historia y que no había viajado nunca. Este valor geroglífico podía ser admitido por los griegos de *Alejandro*; pero lo cierto es que jamás le adoptaron los sabios de *Memphis* y de *Tebas*. Y en efecto, ¿cómo podrá suponerse que unos sacerdotes que se imponían la ley de no salir jamás de su país y que despreciaban á los extranjeros y á sus historias, hubiesen representado por un asno, teniendo su valor geroglífico poco lisonjero, á los hombres que precisamente tenían su mismo modo de pensar? Por otra parte la abreviatura geroglífica del asno era para ellos un talisman que tenía la propiedad de alejar al mal principio y bastaba por sí sola para hacer huir á las fantasmas y conjurar el peligro. Sobre sus panes sagrados hacían imprimir siempre la figura de un asno atado, y en verdad que si este geroglífico hubiera podido traducirse por *ignorancia* ó *estupidez*, no le hubieran estampado aquellos sacerdotes supersticiosos sobre los panes ácidos que no se atrevían á tocar con el hierro y del cual no comían sino después de un gran ayuno y frecuentes abluciones. De todo esto se deduce por último, que *Florus-Apolo* no ha comprendido nada de el valor geroglífico del asno.

Reasumamos: El asno geroglífico se traduce por vida; estensamente puede significar Dios. ¿No hay, pues, motivo para realzar al humilde animal de que nos ocupamos y vengarte de los desprecios y de la ignorancia?

—Seguramente, dijo mi padre.

La joven *Maria* se había despertado sin que nadie se

apercibiera, durante la disertacion sabia y algo difícil de seguir de mi tio Samuel.

—Desde ahora querré yo á los burros con pasion; dijo seriamente, y cogere para ellos las mejores yerbas que pueda, para que se las coman.

—¿Y porque? preguntó mi padre, tú, hija mia que deberias estar durmiendo en vez de escuchar lo que se dice.

—Por que la leche de burra curará de la tos á mi mamá.

Y diciendo esto volvió á acurrucarse en la falda de mi madre, que la dio un abrazo, cerró en seguida los ojos, y volvió á entregarse á un sueño profundo.

—María duerme, dijo mi padre, y me parece que es hora de que imitemos su ejemplo.

Levantámonos entonces y un cuarto de hora despues, un profundo silencio y una oscuridad completa reinaba en toda la casa.

LUCCIOLA.

(Conclusion.)

III.



iserales! exclamó Nestor, qué os ha hecho esa jóven? ¿Qué exigis de mí?

—A femia, señor, respondió Roncari sacudiéndose, que bien cara he pagado la broma; pues he tomado un baño intempestivo, para que vuestra escelen-

cia, me reconvenga. ¿Preguntais lo que nos ha hecho Lucciola? Pues sabed que estamos todos enamorados de ella y por eso no he podido sufrir un rival á su lado. Lo que ahora exigimos de vos es que unais vuestra alegría á la nuestra y seais bastante amable para ayudarnos á apurar nuestros vasos; me habeis parecido un compañero alegre, y como vamos de fiestas, he creído que os hallariais mas á gusto con nosotros que con la triste patricia. Nuestras canciones van á volver á empezar y si os gusta la Gattinara, mi señora, estoy pronto á cedérosela.

Nestor, completamente entregado á su naciente casta pasion, y perfumado, por decirlo así, de aquel amor que habia llegado á su corazon, solo respondió con un gesto de desprecio.

—¡Ah! exclamó Roncari, ¿acaso no os parece bastante hermosa? Y tomó una antorcha é iluminó á Gattinara que estaba sonriéndose.

—Mirad, señor, continuó, y decid si pudiera adornar una fiesta otra jóven mas bella. Su cintura cabe en la sortija que los duxs arrojaban al mar. Cuando abre sus dulces ojos azules, se vé el cielo; cuando abre sus brazos quisiérase morir en ellos, y si entra en un museo, la Fornarina de Rafael, palidece, y la Magdalena del Ticiano, se desaira. Miradla, pues, señor, para que no creamos que los franceses, son bárbaros.

Nestor no pudo evitar el dirigirle una mirada, y al hacerlo, convenir en su interior que la cortesana era de una belleza ideal, pero pensaba siempre con un entusiasmo religioso en la pobre Lucciola que habia cautivado su alma.

—¡Voto val señor, continuó Roncari, que no debia yo

quereros mucho. Ha faltado poco para que me ahogaseis; desde que os habeis presentado, me habeis quitado mi querida, porque bien he conocido por un movimiento de sus labios que era vuestra, y si os la he cedido es porque se me escapaba; pero hablemos con franqueza ¿es posible que os hayais enamorado formalmente de Lucciola? Yo os he visto cuando desembarcásteis; habeis llegado á Venecia antes de ayer, habeis andado por ella fastidiado dos dias seguidos, y no creo que la nieta de los duxs haya hecho una impresion muy profunda en vuestro corazon. Habeis venido á nuestra ciudad para divertirlos y ser feliz; y en ninguna otra parte encontraréis mas alegría, mas juventud, mas hospitalidad, ni mas amor que entre nosotros. Vamos, dejaos querer por esta noche, mañana os devolveremos vuestra libertad y vuestra Lucciola si quereis; yo soy Roncari, el gondolero, he ganado cien pistolas en las regatas y esta noche gasto veinte y cinco aprovechad la ocasion. Beppo, llena los vasos; y tú Gattinara, una cancion!

La bella jóven tomó una guitarra y entonó una linda barquerola en que se pintaba la opulencia de la antigua reina del Adriático contrastando con la dependencia en que á la sazón se hallaba.

—Has buscado una cancion peregrina, dijo Roncari; por fortuna los canales están desiertos y los esbirros no habrán podido oirte; á no ser por eso hubiéramos acabado la noche en sitio menos agradable. En cuanto á mí sufro con paciencia el yugo estrangero que me permite gozar una vida alegre; porque es necesario ser muy formal cuando se es libre. ¿Qué importa la esclavitud para quien tiene dinero, que es la mejor de las libertades?

Si Roncari se burlaba ó hablaba seriamente, cosa es que no supo adivinar Nestor, pero se admiró del aspecto independiente y atrevido de aquel jóven que tan orgullosamente hacia alarde de su esclavitud.

—¿Sois bromista? le preguntó Roncari.

—A fé de quien soy, respondió Nestor, os confieso que estoy poco dispuesto á reir. El placer no se manda, y así no puedo agradeceros que me hayais obligado á participar de vuestra fiesta; paréceme que sois gente alegre, y otro dia, cuando os conociera mas á fondo, participaria de vuestro gozo, pero esta noche no me obligueis á ser de los vuestros y os ruego me desembarqueis en cualquier parte. Y para probaros que no guardo resentimiento por vuestra pesada broma, aceptó una parte de lo que me ofrecéis bebiendo á vuestro buen humor y á vuestra hospitalidad.

—Siento no poder obedeceros, señor, pero hemos resuelto castigar esta noche al conquistador de Lucciola, y para ello le ofrecemos una cena con nosotros y una conferencia privada con Gattinara.

—Roncari, dijo ésta, esta es la segunda vez que cometeis la indiscrecion de disponer de mí sin mi consentimiento; este señor francés no quiere tributarme sus obsequios; falta saber si yo estaria dispuesta á aceptarlos.

—Pues señor, dijo Roncari, nos hemos equivocado con el compañero que hemos elegido; es capaz de suspirar en las lagunas al lado de una muchacha loca que cuenta historias del otro mundo, pero no sabe decir la menor galanteria á la jóven mas linda de Venecia. Perdonad, señor, gestareis quizá graduado en teología y nuestra sociedad empaña el candor de vuestras costumbres?

El incauto jóven se sintió herido en lo mas vivo; se le provocaba á un desafío y era demasiado debil para dejar de aceptarlos todos; ademas temia mucho el ridiculo, y juzgaba que su posicion podria dar motivo á él; pensaba tambien que despues de todo aquella noche extraordinaria podia acabar de un modo original y estravagante; y como Gattinara era bella y las costumbres de toda su vida le conducian á la inconstancia, y su curacion no habia sido completa, y últimamente como ya el vino habia subido á su cabeza ¡Llévese el diablo las tristes preocupaciones! exclamó; acepto cuanto me ofrecéis, acepto á

Gattinara, que no será tan cruel como ha dicho hace poco; acepto vuestra cena y os devuelvo el convite para mañana a la noche; remad, pues, hacia vuestra *hosteria*.

Los gondoleros, embriagados ya por la orgía, y tendidos sobre los tapices de la barca, no deseaban mas que les dejaran tranquilos. Roncari tomó el remo y se volvió de espaldas; Nestor se acercó á Gattinara.

—Monseñor, le dijo ésta retirándose, Roncari, tiene el derecho de estar fastidiado de mi amor, pero no el de entregarme al primero que llegue.

—¡Al primero que llegue! ¿pues que no tengo yo el aire de un caballero? ¿no valgo, acaso, mas que todos esos?

—No seré jamás del que una vez me ha despreciado.

—¿Jamás? Esa es una palabra que hemos suprimido en Francia. ¿Cuánto se necesita para que vuestra boca no la repita? Os prevengo que soy generoso.

Los ojos de la Gattinara brillaron en la sombra.

—Señor, un insulto no es el mejor medio para alcanzar lo que de mí se desee. Si yo pudiese creer sinceramente que os parecéis hermosa....

—¿Os lo podría decir esta sortija? y Nestor sacó de su dedo un magnífico brillante que ya Gattinara había sin duda reparado.

—¿Me lo dáis? le dijo.

—Sí, con la condición de que yo mismo lo he de colocar en vuestro dedo....

Gattinara se aproximó á una de las antorchas de la góndola, se aseguró del valor del anillo, y con un aire de desprecio, lo tiró en el canal.

—¡Cáspital! exclamó Nestor profundamente admirado, haceis como Pisistrato; despreciáis una parte de vuestra fortuna.

—Aun me queda bastante, contestó ella, porque ahora estoy convencida. Os he probado que conservaba el resentimiento de un ultraje y vos me habeis probado que sabiais repararlo; estamos en paz.

La cortesana había logrado su objeto, Nestor estaba ligado por mas de doscientas pistolas á ella que con sus primeros desdenes había logrado hacer olvidar en él cuanto podía alejarlo de ella en lo pasado. Nestor estaba á sus pies en una postura mas descuidada que amorosa, la góndola dulcemente conducida, mecía su imprudente locura. Las flores que adornaban la cabeza de Gattinara le enviaban un perfume peligroso, las antorchas despedían sus débiles reflejos sobre las durmientes aguas y sobre los palacios que desaparecían al vuelo de la barca; la voz sonora de Roncari entonaba una melodiosa y nueva canción; la imagen de Lucciola no aparecía ya á los ojos de Nestor sino vaga y ligeramente.... En esto llegaron á la isla de Torcello donde estaba preparada la cena.

IV.

Cuando Lucciola se vió libre del alcance de Roncari, no pudo menos de reconvenirse por la confesion que había hecho á Nestor. Aquel grito había salido indudablemente de su corazón, pero ¿no hubiera sido mas digno de ella el contenerlo y callarlo? La figura interesante del joven, la espresion franca y espontánea del amor que le había inspirado y que Nestor manifestó desde el primer momento con la sencillez de un corazón honrado, la habían conmovido profundamente; pero ¿no estaba consagrada á una austera misión y no debió por lo mismo alejar de su mente todo pensamiento de amor? Aprobarían sus abuelos los duxs y su padre el proscrito que, la última de los Fabbiani se prendase tan repentinamente de un extranjero cuyo nombre ignoraba todavía, y á quien de tal manera sacrificaba la augusta empresa de rehabilitar su casa y su nombre? todas estas enérgicas reconvenções se hacia la bella joven, pero su corazón estaba apasionado y le hacían palpitár aun los sucesos de

aquella noche de expansión y confianza; tenía presente que los astros del cielo habían sido santamente invocados por su joven amante y pensaba con invencible terror lo que esperaba á Nestor en la isla de Torcello.

Sabia Lucciola que hacia mucho años existía en Venecia una formidable asociación, sobre la cual había cerrado los ojos la policía austriaca por no haberle sido posible destruirla. Muchos jóvenes de familias antiguas, habían reunido los restos de sus patrimonios, y sin tener en sus principios otras razones que las de un decaimiento político, habían formado una sociedad cuyo primer pretexto fué el placer y la disipación. Siempre en sus góndolas, animando los desiertos canales con una eterna fiesta, se les había llamado, por una banda oscura que llevaban al rededor en sus remos, los gondoleros negros, iban siempre con aire de orgullo, coronados de flores, insultantes de lujo, llenando el espacio con sus gritos, de pié en sus barcas, con la frente erguida y la sonrisa en los labios parodiando los antiguos trages y los pasados esplendores de su esclavizada patria. Esta brillante y pródiga juventud había atraído á sí las mugeres por cuyas venas corría la sangre de las cortesanas fabulosas de la Venecia de otros tiempos. Sin embargo, había ido cayendo poco á poco en el mar, sin que esto evitase que se buscara mas y que se continuara aquella vida escandalosamente brillante. Entonces fué cuando Roncari, hijo aventurero de las lagunas, se ofreció á la compañía de los gondoleros negros.

La decadencia política de Venecia le atraía sin cesar nuevos curiosos que iban á contemplar la agonía de la real condenada. ¿No era fácil encontrar entre ellos algunos que sacrificarán una parte de su fortuna á tan variados placeres? Los hubo en efecto, y la asociación cuyo jefe había llegado á ser Roncari, consumió nuevos patrimonios procedentes del extranjero; ¿tendría acaso el gobierno algunos espías en la sociedad de los gondoleros? El pueblo á lo menos lo decía, pero lo toleraba como tolera todos los desórdenes que ponen en circulación el oro. Los gondoleros negros recorrían todas las noches los canales, y se valían cada vez de diferentes medios para llevar consigo á los viajeros imprudentes; enlazaban sus víctimas de tal suerte que no las devolvían su libertad hasta haberlas arruinado, y aun se citaban algunos jóvenes que habían muerto en medio de aquellas hábiles orgías, añadiéndose que á los que habían intentado sacudir el yugo, les habían hecho sucumbir de placer, para castigarlos por su rebeldía. Todo esto lo sabía Lucciola. Si, murmuraba remando hacia la alta mar, donde la fresca brisa oreaba su frente. Si, el noble joven se verá perdido si lo dejo entregado á esos bandidos; él es el primero que ha comprendido todo lo sagrado de mi sacrificio filial, era sincero cuando me declaraba su amor. ¿Quién sabe si en este momento han pervertido ya su corazón! ¿Quién sabe si no encontrará ya aquella santa confianza en las palabras de la hija errante de las lagunas! Entonces sepultaré para siempre mi delirio, pero le mostraré el abismo en que vá á caer y procuraré salvarle, aunque supiese que había de morir despues, infiel al juramento que hice á mi padre.

La Gavia en tanto volaba hacia la isla de Torcello. Temblando de miedo y de amor al mismo tiempo, Lucciola puso el pié en la ribera. El palacio de los gondoleros negros, situado á cien pasos del mar, resplandecía con su nocturna fiesta, y un ruido sordo de palabras confusas, el choque de los vasos, los ecos de interrumpidas canciones y las vagas emanaciones de los vinos, perfumes y flores, salían por las ventanas abiertas. Antes de penetrar en aquella mansion maldita, la joven encomendó su alma á Dios. Dirigióse en seguida á la puerta, y los criados ocupados en el servicio no repararon en ella; pero habiéndola reconocido al cabo quisieron echarla fuera gritando «fuera la loca ¡fuera la loca!» Trató ella de vencerlos con lágrimas y ruegos y en vista de la violencia

con que la rechazaban iba ya á llamar á Nestor con voz desesperada, cuando se dejó oír un ruido de espadas. Palpitante y como si cada uno de aquellos golpes hubiese hallado eco en su corazón, Lucciola cayó de rodillas. El combate no fué largo. Una nueva canción resonó en el salón del festín y Roncari apareció en la puerta sosteniendo á un herido en sus brazos.

He aquí lo que había pasado.

Nestor colocado en la mesa al lado de la Gattinara, respiraba dos llamas á la vez, la del vino purpúreo que llenaba su vaso y la de los ardientes y negros ojos de la cortesana. Los convidados eran alegres, jóvenes y bellos; las palabras brotaban como los colores producidos por la luz en el cristal, el oro y la porcelana de china esparcidos con profusión. La libertad de que gozaba el bebedor hacia fácil su alegría. De vez en cuando, en los cortos intervalos de las risas y las canciones, el mar que batía los muros del palacio enviaba á la fiesta suspiros sonoros y vagas armonías; la noche estrellada aparecía risueña por las ventanas; mil mezclados perfumes animaban los efímeros ensueños de pensamientos, que se producían en palabras ligeras como la espuma de los vinos. Una fresca brisa hacía temblar al mismo tiempo la luz de las bugias odoríferas y los desnudos cuellos de las reinas del festín. Todas ellas eran hermosas, pero la de Nestor descollaba entre las demás; todas las ocurrencias felices se celebraban mas ó menos, pero las de Nestor tenían una fortuna particular y así es que él en el medio estravío de su razón se decía: Hé aquí una noche brillante, he aquí Venecia tal como me la habían presentado mis sueños y tal como no la hubiera creído hace algunas horas en la cámara del antiguo palacio: ¡vivan las horas que señala el reloj de San Marcos! las ciudades que mueren en semejantes fiestas! ¡vivan, oh Gattinara, viva tu alegría, que me entusiasma! ¡viva tu hermosura puesto que me pertenece!

—Eso está en problema, señor mío, dijo uno de los inmediatos á Nestor.

Este notó entonces que se había escedido y miró con altivez á su interruptor que tenía un áspero bigote y una mirada severa.

—¡Vamos! exclamó Roncari, ¿Empezais con vuestra disputa interminable, marqués? Bien sabeis que Gattinara no os ha querido nunca y creo que nadie podrá oponerse á que yo la ceda á quien mejor me parezca; en cuanto al joven francés es mi huésped y prohíbo que se le toque en lo mas mínimo.

—En ese caso, dijo el llamado marqués, su insolencia se pone al abrigo de vuestra protección, pero no por eso deja de insultarme eligiendo en sus amores á una muger que yo amo.

—Aquí no hay mas insolente, exclamó Nestor levantándose con ímpetu, que el que me provoca y se atreve á dudar de mi valor; veamos el suyo. Y al mismo tiempo corrió hacia un trofeo de armas colgado en la pared, tomó una espada y arrojó otra á los pies del marqués.

—¡Imprudente! dijo Roncari acercándose á Nestor, el duelo se castiga de muerte en Venecia y si teneis la desgracia de herir á ese caballero sereis obligado á ocultaros entre nosotros mas tiempo del que exigieran vuestros proyectos.

—¡No importa, replicó Nestor con entusiasmo, la perspectiva no es tan horrorosa! ¡En guardia, señor marqués, y pensad que Gattinara está en la punta de nuestras espadas!

Cruzáronse los aceros, y durante un minuto giraron, al resplandor de las luces, en un círculo de fuego. Nestor empezó á adquirir ventajas, hizo dar algunos pasos atrás el marqués y por último le clavó en la pared atravesándole un hombro.

Nestor se puso pálido un instante, pero volviendo sus ojos á Gattinara, que había fingido admirablemente el terror:

—He aquí las primicias de nuestros amores, hermosa mía. ¡Eres demasiado encantadora para que no lo arriesgase todo por merecerte! y volvió á colocarse á su lado. Mil bravos resonaron en el salón y se entonó en su honor un himno de victoria, mientras Roncari se llevaba al marqués que parecía herido mortalmente.

En este momento fué cuando Lucciola vió á Roncari. Hizole una seña y él se acercó despues de haber depositado su carga en los brazos de los criados que habían acudido.

—No estrañeis verme aquí, le dijo, mi destino me trae á pesar de las injurias que debo recibir; siempre que me habeis encontrado en los canales me habeis tratado como á enemiga, Roncari; yo era sola, pobre y débil; nunca he pensado en haceros daño, no he pedido mas que un poco de espacio para mi góndola, un poco de sol para enjugar mi frente humedecida y un poco de indiferencia al rededor mio, para dejarme vivir como Dios me lo ha ordenado; y sin embargo, Roncari, siempre os habeis burlado de mí, siempre me habeis señalado con el dedo y hasta ¡qué vergüenza para vos! me habeis amenazado un día con el remo. Pues bien, á pesar de tantos ultrages no puedo olvidar que ambos hemos nacido en Venecia y vengo casi á pedirlos un favor.

—Escucha, respondió él, confieso que mi conducta ha sido dura é injusta; pero tambien, acuérdate, Lucciola, de aquellos dias en que todavia con el corazón puro, llegué á tí, no atreviéndome siquiera á decirte cuanto te amaba. En aquel tiempo con una sonrisa, que hubiera pagado con mi alma, con una esperanza que jamás me has concedido, hubieras hecho de mí un hombre honrado. Yo no soñaba otra felicidad que una habitacion contigo en cualquier calle, por pobre que fuese, una góndola donde te hubiera mecido con nuestros hijos, y una vida humilde en que hubiéramos amado, sufrido y orado juntos. ¡Cuán altiva y desdeñosa eras entonces! ¡Cómo humillaba la hija de los duxs al pobre gondolero! Ahora, ahora me acuerdo de todo y me vengo. Sin embargo reconozco que es una cobardía con una débil muger, y te prometo no repetirla en adelante. ¿Qué quieres? si lo que pides no es imposible, lo tendrás.

—Una entrevista de cinco minutos con el joven extranjero que habeis robado esta noche.

—¡Ah! ¿te ha ablandado el corazón de mármol? Pides mucho, Lucciola.

—Pero lo pagaré, contestó ésta con una espresion de triste altivez; no tengo mas que una cosa en el mundo, la Gavia, y será vuestra si puedo hablar al viagero.

—¡Cuánto le amas! interrumpió Roncari. La Gavia! este es tu vida! Pero no importa, tu góndola es la mejor de Venecia; con ella no temeré á nadie. La acepto: ahora que nos hemos entendido, puedes volverte sin temor á los canales.

—¡Ojalá! respondió ella mirando tristemente su barca; no me vereis allí mas.

Roncari volvió á encontrar á Nestor.

—Una muger os necesita, le dijo.

—¡Una muger! respondió Nestor. ¡Tan solo hay una muger en Venecia, la Gattinara! Decidle que esta noche me es imposible complacerla.

—Señor, es Lucciola quien os espera.

A este nombre, Nestor se levantó como herido por una chispa eléctrica. En un instante su rostro cambió de color dos ó tres veces; alzó los ojos al cielo que se descubría por la ventana mas alta, y despues de haber dirigido una mirada de indefinible desprecio sobre todos los convidados que la sorpresa había reunido á su alrededor, partió como un relámpago.

—¡Diantre! dijo para sí Roncari; decididamente van á burlarse de mi generosidad; pero el milano no dejará que la gaviota le arrebathe su presa.

Y bajó inmediatamente, corrió hacia una de las gón-

dolas amarrada en el muelle, desenganchó sus cadenas, en seguida se deslizó entre las sombras hasta llegar á la *Gavia* que estaba amarrada á una argolla por otra cadena, le echó el candado, y desapareció antes que Lucciola y Nestor hubieran podido verle.

Lucciola tomó de la mano al jóven, le condujo á la góndola y le hizo sentarse á su lado sin decirle nada. La

aurora se anunciaba ya por una brisa fresca que alteraba el mar,

—¿Teneis frio? le dijo; se estaba mejor allá arriba, ¿no es cierto?

—¡Oh! respondió el jóven con una voz ahogada y profunda, perdonad!

—No os haré cargos, replicó ella. Habeis olvidado



Lucciola conduce á Rencari á la góndola.

con vuestra nueva alegría, á la pobre jóven que os habia tristemente abierto su corazon. Mis lágrimas han desaparecido de vuestra memoria, como en el mar donde tambien cayeron. Esto debia suceder, y yo lo habia ya previsto; pero es preciso que os hable, y que os salve. Escuchadme.

Entonces le contó todo lo que sabia de los gondoleros negros. Estuvo elocuente y bella; habló como inspirada por el luto de Venecia y por la abyección de todos

aquellos esclavos corrompidos, y ganó con tanta mas facilidad su causa, cuanto que el corazon de Nestor estaba convencido antes que ella hubiese comenzado á hablar.

Horrorizado del porvenir que le presentaba, volviéndose á ella con mayor fuerza de la que usó para alejarse como un insensato, conmovido hasta el fondo del alma por el amor de la jóven que se habia dejado ver á su pesar, en la transparencia de sus temores, le respondió sin ocultar su desesperacion:

—¿Y qué medio me queda? yo estoy unido á ellos por un lazo de sangre! uno de esos miserables insultó mi honor (no se atrevió á decir á mi querida) y creo que le herido mortalmente.....

—Tranquilizáos, interrumpió ella con una sonrisa de desprecio; ese lance está en las costumbres de sus programas. Os hubieran encadenado á ellos por el temor de una denuncia, pero todo ello no es mas que una infame comedia, tienen un actor para esa clase de papeles; el que creéis haber muerto lo ha estado ya lo menos diez veces y estad seguro que resucitará en cuanto se cicatrice su leve herida.....

—Pues bien, dijo alegremente Nestor que se sentía aliviado de un peso formidable, ahora soy libre, partamos. Vamos á buscar juntos horas mas dulces! enjúnque la aurora el llanto de esta noche! Lucciola, os bendigo como al ángel de la mañana cuya divina voz disipa las tinieblas! ¡Seamos felices! Amémonos y partamos.

—¡Amarnos! respondió ella con una sonrisa que ocultaba sus lágrimas. Hace poco no habia entre nosotros mas obstáculo que mi destino, ahora hay ademas vuestro olvido! ¡Partir! ¡Esta góndola no es ya mia!

—Como! ¡la Gavia!

—Fue necesario comprar el derecho de salvaros.

Arrojando Nestor, una bolsa llena de oro á la orilla —¡Yo os la devuelvo! exclamó, y despues como en un acceso de fiebre, interrumpiéndose á cada frase y apretando con fuerza convulsiva las manos de Lucciola

—¿Qué no me amais! exclamó y para evitarme malgastar algunos escudos de mi fortuna y algunos años de mi vida, vos, la guardiana de mi honor, os desprendéis de vuestro único asilo, vuestra esperanza, vuestra góndola, única herencia de vuestros padres! ¡Y no me amais! y haceis por mi mas que una madre por su hijo! consagrais á mi vuestra juventud y vuestra vida, renunciáis á todo, por que se necesita la góndola para visitar por las noches el antiguo palacio de los Fabbianni, ¡y no me amais! y olvidais por mi la empresa que se os ha confiado y la leyenda poética, y el dulce consuelo de vuestra santa mision ¡pobre niña! ¡quien os llevará ahora sobre las aguas del Adriático! ¿Dónde resguardareis vuestra hermosa cabeza durante el dia cuando cansada de un trabajo misterioso os dormis para no ver el espectáculo de vuestra espirante patria? ¡La Gavia! ella era vuestro mundo, vuestro amparo contra los inflamados rayos del sol, vuestro casto asilo, vuestro recuerdo de lo pasado y vuestra esperanza futura! ¡Lucciola, no nos atormentemos con crueles desconfianzas, vos me amais y no hay en el universo sitio para vos sino entre los brazos que os ofrezco. Sed mi amante, sed mi esposa como habeis sido mi ángel. Huyamos de estas tinieblas en que se ha extraviado mi cabeza. Partamos, lo es repito, pueden volver. Partamos.

Y Nestor cubria de besos y lágrimas las manos de Lucciola, mientras ella volviendo á otro lado la cabeza respondia:

—No; yo debo resistir á los encantos de la vida! ¡No, aun que os amara, como decís, no me uniría á vos! Las galas de la esposa no se han hecho para la pobre que debe vestir eterno duelo. Cuando he llorado por la nobleza de mi casa, he llorado á mi padre; cuando he llorado por mi padre he llorado á mi patria. No elijais por esposa la que lo es ya de las ruinas. Esta góndola ha sido mi palacio; ella sera mi tumba, puesto que me la devolveis; no volveré á salir de ella nunca.

—Pues bien, interrumpió Nestor, seré vuestro hués-

ped, participaré de vuestro duelo, de vuestras lágrimas, y como vos no tendré mas universo que esta flotante góndola. ¡Nuestro sea el Océano, la libertad; y despues la muerte, puesto que renunciáis á la felicidad!

Y diciendo esto apoyó fuertemente el remo contra la ribera y arrancó la barca; pero al caminar algunos pasos, la cadena hizo un ruido sordo, Lucciola se levantó aterrada. Estaban presos por una nueva traicion de Roncari.

—¡Oh! exclamó llena de espanto; ¡hablais de libertad y os responde el son de las cadenas!

—¿Y no hay medio alguno de huir? dijo Nestor con desesperacion; ¡van á apoderarse otra vez de mi juventud! y á hacerme tan infame como ellos! ¡Bien! añadió con expresion amarga, que vuelvan, puesto que vos me rechazais!

Lucciola entonces, temblando de miedo y fuera de sí como si tratase de salvar su jóven amante del hacha de los verdugos no escuchó mas que la voz de su pasion.

—Oídme, le dijo, hay un medio, uno solo; ¡pero, me perdonará Dios si lo pongo por obra? Si, mi corazon me inspira, porque mi destino me arrastra hácia vos. Lo que voy á deciros, será acaso una ridicula supersticion pero yo creo en ella porque en medio de la desesperacion, se creen los milagros. Os he hablado de una llavecita que mi padre me entregó al morir, y con que debía abrir la puerta misteriosa que por tanto tiempo he buscado inútilmente! La tradicion de nuestra familia dice que no podra servir mas que una vez; he! aquí, probémosla. Tengo un presentimiento seguro de que ha de servir para nuestra salvacion.

Nestor la miró con religiosa gratitud.

—Pensad en ello, Lucciola; pensad que al darme esta llave me dais con ella vuestra vida.

—Pues bien, mi vida es tuya, contestó ella inclinándose hácia la cadena de la góndola.

La llave entró. En el mismo instante Roncari y Gattinara aparecieron con antorchas y se dirigieron precipitadamente hácia la orilla; pero la Gavia siguiendo la corriente de las ondas que el viento impelia hácia Venecia, desapareció en un monte de espuma mientras que Nestor respondia á las maldiciones de Roncari estrechando á Lucciola contra su corazon.

Cuando llegaron al gran canal, la aurora iluminaba el viejo techo del palacio de los Fabbianni. Brighella estaba en la puerta y se quedó admirado viendo volver á su huésped á quien no habia visto salir.

—¿Cuánto te ha costado tu palacio? le preguntó Nestor.

Brighella titubeaba en responder.

—O tu posada, si quieres llamarla así, continuó Nestor.

—Diez mil piastras, señor.

—Yo te doy quince mil, que cobrarás mañana en casa de mi banquero.

Nestor y Lucciola subieron á la cámara donde tuvo principio esta historia. El jóven la condujo cerca del gran sillón y considerando estasiado su belleza mas interesante aun á la luz del dia:—Lucciola, le dijo, te he engañado, cuando viniste anoche ya habia yo visto el tesoro que tu buscas. La leyenda de la familia es verdadera, he ahí lo que debia devolverle su antiguo palacio. ¡Mira!

—Lucciola levantó su dulce mirada y siguió con ella la direccion de la mano de Nestor. Entonces se vió ruborizada y radiante en el espejo que le señalaba y respondió ocultando su cabeza en el pecho del jóven:

—¡El tesoro amigo mio, es nuestro amor!

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



MONGE.

1746.-1818.

La vida de Monge se puede dividir en dos épocas bien distintas: el período político y el científico; pero los títulos de Monge á los ojos de los sabios son tales que han dejado á un lado el hombre de partido, para admirar exclusivamente sus estudios y su ciencia profunda. Sin embargo, hagamos un rápido exámen del uno y del otro.

Monge nació en Becune el año de 1746; su padre, mercader forastero, conoció bien pronto la disposición de su hijo, y pudo con alguna protección colocarle en el colegio de los PP. Filipinos. Después de tres años de estudios en Becune, los PP. enviaron el discípulo á sus hermanos de Lyon, como escuela superior, donde sus precoces talentos acabarian de desarrollarse. A los 17 años de edad le confiaron una cátedra de física. Vuelto Monge al seno de su familia, levantó el plano de Becune en grandes dimensiones, y ofreció su trabajo al ayuntamiento. Un entendido oficial superior, asombrado de la exactitud del plano, recomendó á su autor al director de la escuela de Mezieres; pero en este establecimiento no entraban sino discípulos de real orden y hasta el número de veinte. Para entrar en él era precisa condición el ser noble, y la humilde de Monge fué un obstáculo para su entrada; hallando solo cabida en la clase de directores de

los trabajos de fortificaciones en calidad de delineante.

Algunos meses después de la entrada de Monge en la escuela de Mezieres, le eligió el comandante para hacer un cálculo matemático; el joven discípulo, cansado de los infinitos rodeos por que llegaba á resolver un problema, inventó un medio mas pronto, que fué el primer método geométrico para conseguir el resultado. Se dudó de la solución que habia dado Monge, alegando el comandante, que ni aun habia empleado el tiempo estrictamente necesario, para los cálculos comunes; pero precisado á examinar el trabajo con mas detención, la capacidad del discípulo desde aquel momento, se dió á conocer con asombro general.

Monge tenia entonces 19 años; le nombraron catedrático suplente de matemáticas, y dos meses después ocupó la cátedra de física que desempeñaba el abate Nollet. Con este motivo hizo multitud de esperimentos curiosos sobre el gas, sobre los efectos de óptica y sobre la electricidad; no se concretaba á las lecciones diarias; se complacía en que sus discípulos examinasen los fenómenos de la naturaleza, y el territorio de Mezieres precisamente, ofrecia un vasto campo á la instrucción de los alumnos del joven sabio. Al mismo tiempo Monge generalizaba sus primeros ensayos matemáticos; inventó una doctrina nueva y fecunda indispensable á todas las artes de construcción y que aumentada con descubrimientos posteriores, se tituló *Geometria Descriptiva*. Este conjunto de métodos sencillos y uniformes, no estaba en armonía con las antiguas prácticas; de aquí la oposición rutinaria que

tuvo que vencer Monge á fin de hacer adoptar sus innovaciones para la enseñanza de la escuela.

Monge iba todos los años á París durante las vacaciones y ocupaba un lugar entre los hombres mas distinguidos en las ciencias; siendo corresponsal de la Academia, eran sus protectores Lavoissier, Condorcet, y la Rochefoucauld. D'Alembert principalmente se tomó tanto interés por Monge, que le hizo nombrar académico de la de Ciencias en 1780. Nombrado examinador de Marina en 1783, marchó á la escuela de Mezieres. El liceo de París que tenia por objeto el instruir deleitando, acababa de dar entrada á las ciencias en su seno, confiando con este motivo la cátedra de física á Monge, que supo dar un atractivo irresistible á sus lecciones, por medio de cálculos sorprendentes y procedimientos ingeniosos: los detalles sacados de la vida ordinaria; las observaciones sobre los objetos mas vulgares y que por lo mismo no llamaba la atencion, ofrecian un interés vivísimo dichas por el joven maestro.

Cuando estalló la revolucion francesa encontró en Monge un celoso discípulo y un apóstol lleno de entusiasmo; pues adoptando estas ideas de perfectibilidad que abrigaban todas las imaginaciones, creyó principalmente que iban á desaparecer las trabas que tenían esclavizado al genio paralizando su vuelo; de suerte que aun los terribles desengaños que veía diariamente, no pudieron disipar del todo sus ilusiones. Nombrado ministro de Marina despues de los sucesos del 10 de agosto, aceptó aquel cargo, á consecuencia, decia, de haber entrado los prusianos en Francia; y formó parte del gobierno, bajo la denominacion de consejo ejecutivo, en cuyo concepto fué uno de los que juzgaron á Luis XVI: esta fué una obligacion de su ministerio y sabido es cuanto ha sentido en el transcurso de su vida tan lúgubre acontecimiento. Si se examinan sus actos personales, se verá como dió actividad á los puertos y salvó á su antecesor Dubouchage concediéndole un grado. Por otra parte, no puede pasar desapercibido, que durante su administracion las oficinas del ministerio se llenaron de hombres inútiles y que los mejores oficiales perseguidos por el odio revolucionario, fueron separados de las escuadras tan brillantes en tiempo de Luis XVI.

Monge conoció bien pronto su insuficiencia política en medio del encarnizamiento de las facciones é hizo dimision en abril de 1793. Algunos meses despues, la junta de salvacion pública llamó á los sabios para que acudiesen en defensa del país, y entonces fué cuando Monge desplegó todos los recursos, y actividad de su imaginacion. Novecientos mil hombres se preparaban á rechazar la coalicion que amenazaba á la república francesa, y las fábricas apenas podian suministrar la décima parte de las cosas necesarias para tan grandes preparativos; se necesitaba multiplicar las manufacturas, simplificar las obras, dirigir los trabajos, abastecer de municiones á la artillería &c. &c. Monge se entregó á todos estos trabajos con una constancia infatigable, en las fábricas de armas, en las fundiciones y en los polvorines, era á la vez indispensable su presencia; vigilaba las obras, pasaba los dias enteros dando instrucciones para la fabricacion del salitre, y por las noches escribia su *arte de fundir cañones*. En una advertencia á los herreros, redactada en union de Vandermonde y Bertholet, manifestó el modo de obtener el acero, combinando el hierro con el carbon, y merced al talento de estos tres hombres célebres, se vio realizar aquella promesa que parecia un sueño: «Se hallará la tierra salpicada de salitre y á los tres dias se podran cargar ya los cañones.»

Al cabo de algunos años se fundó la escuela politécnica que debió á Monge su existencia, muy particularmente: La escuela politécnica, digna de este nombre en su origen, admitia á todos aquellos cuyo objeto era ilustrar por medio de conocimientos científicos, las artes fabriles. A fin de saber si las esplicaciones de los catedráticos eran de

una verdadera utilidad general, dividió los discípulos en brigadas, colocando á la cabeza de cada una los mas adelantados para que sirviesen de pasantes á los demas. El mismo instruyó á veinte jóvenes para que desempeñasen el nuevo cargo, de los que no se separaba en todo el dia, y durante la noche les preparaba el cuaderno de análisis que habia de servir de testo en la siguiente leccion.

Monge marchó á Italia con varios de sus colegas del Instituto, para recoger las preciosidades artísticas cedidas, segun convenio estipulado, al victorioso Napoleon: esta comision duró mas de un año. Cuando se celebraba en París la llegada de las riquezas que debian poblar los museos, aun se hallaba Monge visitando la Italia; Bonaparte le comisionó entonces en compañía del general Berthier de llevar al Directorio el tratado de Campo-Formio.

Al recibir los directores á Monge, creyeron estos que solo les hablaria de la mision científica que habia evacuado; pero no tan solo el sábio les dió cuenta de su importante encargo sino que se exaltó con el recuerdo de los triunfos de la república; se lamentó de la conducta de los ingleses y concluyó comparando á Bonaparte con Epaminondas. Este discurso de Monge dá á conocer sus ideas republicanas, que no eran sino reminiscencias de sus estudios sobre la antigüedad. A pesar de que no tenia un gran conocimiento de los hombres ni de los negocios públicos, se le designó por dos veces como candidato para el Directorio, y no habiendo sido elegido, fué enviado á Roma con Mr. Daunou para organizar la república.

En aquel tiempo se embarcó Bonaparte para Egipto y escribió á Monge para que alistando los buques que habia en Civita-Vecchia se hiciese á la vela inmediatamente. Embarcóse Monge acompañado de Dessaix y se reunió al ejército expedicionario en 1798. En la travesía de Alejandria al Cairo, por el desierto, observó el fenómeno de óptica conocido con el nombre de *espegismo*, que no se renueva en parte alguna con un caracter tan sorprendente como en el Egipto. Visitó dos veces las Pirámides, el Obelisco y las murallas de la antigua Heliópolis: quedó tan gravado en su imaginacion el recuerdo de aquellos grandiosos monumentos, que mucho tiempo despues hablaba de ellos como inspirado por su vista. La escuela politécnica envió cuarenta discípulos á la reunion de sábios que debian embarcarse para Egipto, que bajo la direccion de Monge, Berthollet y Fournier, hicieron la descripcion monumental de aquel país maravilloso. En un viage que hizo á Suez con Bonaparte, Monge, descubrió los vestigios de un canal que comunicaba el Mar Rojo con el Mediterráneo por el Nilo: siguió tambien á Bonaparte á Siria y varias veces se oyó á los soldados murmurar del viejo sábio á quien atribuian aquella expedicion.

Ya de vuelta en Europa con Bonaparte, Monge presidió la comision de ciencias y artes de Egipto; bajo sus auspicios fueron coordinadas las memorias en donde se desenvolvió en gran parte el plano de Egipto tal como estaba en tiempo de Ptolomeo y de Pharaon. De regreso en Francia, volvió á ser el protector de la escuela politécnica y ocupó nuevamente su plaza entre los profesores; defendió con constancia aquella institucion contra las preocupaciones de Bonaparte, pero no pudo evitar que sufriese el acuartelamiento y la disciplina militar. Nombrado por Napoleon individuo del senado desde su creacion, se le adjudicó la senatoria de Liege con el titulo de conde de Péluse, dándole el cordon de gran oficial de la Legion de honor, un mayorazgo en Westphalie y una donacion de doscientos mil francos. El desastroso acontecimiento de Moscou influyó de un modo en extremo sensible en el ánimo de Monge; acostumbrado solamente á los relatos de victorias, se sintió agobiado con el peso de tan cruel noticia. Enviado á su senatoria, acogió á la division de Macdonal que volvia á Francia en un estado deplorable. Grandes aflicciones fueron consu-

miendo lentamente al ilustre sábio; la caída del emperador, la dislocación de la escuela politécnica, la proscripción de los convencionalistas regicidas, medida que alcanzaba á un yerno suyo, y por último, su salida del Instituto á consecuencia de las purificaciones de 1816. Monge falleció el 23 de julio de 1818.

En medio de los estudios que debían inmortalizar su memoria, Monge trabajaba menos por conseguir honores, que por el placer íntimo que las ciencias le ofrecían; la

satisfacción mayor que estas le procuraron, fué tal vez, la de haber sido aplaudido cierto día por Lagrange al explicar una lección en la escuela politécnica. Casi tartamudo y acostumbrado á una prosodia viciosa, suplía las dificultades de la pronunciación con una pantomima animada; el entusiasmo y la bondad era el distintivo de su carácter, y es seguramente extraño que Roland al hacer el retrato de este hombre, nos lo haya pintado con tan feos colores.

HISTORIA NATURAL.

AMORES DE LAS PLANTAS.



on las plantas unos seres vivientes que, lo mismo que los animales, nacen de un huevo, se desarrollan, crecen, se multiplican, y mueren. Están dotadas de sexos, y es la principal

condición de su existencia el amor, esa pasión creadora cuyo imperio se extiende á cuanto existe. Ella lucha sin cesar con el funesto influjo de la muerte, y ya que no pueda arrebatárselo los individuos ha logrado salvar las especies de sus decretos irrevocables: así los individuos mueren, pero gracias al amor son inmortales las especies. Esta misteriosa potencia se manifiesta de mil maneras y bajo todas formas: todos los seres la obedecen con placer, puesto que es de las más dulces su tiranía. Vamos, pues, á levantar un ángulo del velo con que la naturaleza se ha complacido en ocultarlo, por lo que respecta á los vegetales.

Si examinamos un lirio (véase en la parte derecha de la lámina), vemos en medio de la flor una columnita, cuyo extremo superior presenta un cuerpo redondeado, lo que en su totalidad se llama *pistilo* órgano femenino que hemos figurado separadamente encima del lirio al lado derecho: Compónese del cuerpo terminal llamado *estigma*, y de otro cuerpo de mayores dimensiones situado en la parte inferior, que es el primer rudimento del fruto, y lleva el nombre de *ovario*; y en fin, de un hilo que media entre la base y la terminación del estilo y se llama *estigma*.

En el centro de dicha flor y al rededor del *pistilo* vemos siempre seis hilos llamados estambres, cada uno de los cuales sostiene en su extremidad superior ó libre una bolsita membranosa que lleva el nombre de *antera*, y está llena de un polvo amarillento denominado *polen*. Examinado este polvillo con un lente ó microscopio, obsérvese que cada átomo de polvo consiste en una vesícula pe-

queñísima en cuyo interior se encierra un líquido bastante límpido.

El lirio contiene dentro de un mismo envoltorio los órganos masculinos y los femeninos, por cuya razón se le da el nombre de *hermafrodita*, siendo esto muy común en flores, y menos raro de lo que pudiera creerse en lo que respecta á los animales, pues hay clases enteras, tales como las ostras, las almejas y otras muchas que también son hermafroditas.

Pero si examinamos el cáñamo, el moral, y otros muchos vegetales, veremos que todas las flores de un individuo ó pié de planta son masculinas: al paso que otro individuo de la misma especie tiene todas sus flores femeninas ó que solo encierran los órganos que hemos llamado tales. A estas plantas que tienen los sexos separados en diferentes piés, hánlas llamado los botánicos *dioicas*.

Otras especies hay que tienen todas las flores de una rama masculina, y todas las de otra rama del mismo pié ó tronco femeninas, y á estas dáselas el nombre de *monoicas*. Como si á la naturaleza le repugnase el separarse de unos mismos planes, vemos que ha creado animales que también pudiéramos llamar *monoicos*: tales por ejemplo son los caracoles que van arrastrando sus nacaradas conchas por las flores de nuestros jardines, pues que el caracol en un lado del cuerpo lleva los órganos sexuales masculinos y en el otro los femeninos.

Vamos á ver el modo de verificarse la fecundación en los vegetales, acto el más maravilloso de la naturaleza. El *estigma* ó órgano femenino presenta en su extremo superior varios orificios que comunican con unos vasos capilares ó conductos sutísimos que siguen todo el trayecto del estilo ó desembocan en el centro del ovario, en la misma cavidad que encierra los rudimentos ó *embriones* de las semillas. Para que estas adquieran la necesaria fecundidad, es necesario que el licor fecundante del *Polen* las bañe y dé animación. Por esto cuando llega el tiempo de la florescencia, el *polen* de los estambres se escapa de su encierro en las anteras que se han abierto de ramas en el *estigma*, la vesícula de polen con el nuevo contacto con dicho *estigma* revienta, y el líquido es absorbido y llevado por los conductos capilares del pistilo al ovario, donde baña y fecunda á las semillas.

Terminado el acto de la fecundación los embriones van progresivamente desarrollándose y tomando mas cuerpo hasta convertirse en semillas perfectas, cuando al contrario no ha habido fecundación los conductos se obliteran, la flor aborta y no da semilla. Esto último sucede en estas flores monstruosas que llamamos dobles, como la rosa de cien hojas, los claveles dobles y otras.

Pero para que los átomos del polen que han caído en el *estigma* se abran y dejen escapar el líquido fecundante

que contienen, es indispensable que se encuentren en contacto con la humedad, pues que solo el agua goza de la propiedad particular de hacer que tales átomos revienten a su inmediato contacto. Si, pues, examinamos el pistilo de una flor en el acto de verificarse la fecundación, constantemente hallaremos húmedo el estigma. Esta observación es muy fácil y no hay mas que echar en una vasija de agua algunos átomos del polvillo fecundante, y se verá que al punto revienta. Semejante experimento nos da una explicación del modo como obran la lluvia y las nieblas en tiempo de la florecencia para hacer abortar las cosechas.

Es muy fácil de entender como el polen saliendo de las anteras vá á parar en el estigma en las flores hermafroditas, pero no así en las plantas monoicas, en que el macho dista algunos pasos de la hembra, y hasta á veces media entre ambos una distancia muchísimo mayor. Sin embargo, la naturaleza para llenar su fin se vale de diferentes medios misteriosos de que vamos á dar algun conocimiento.

Por poco que uno haya vivido entre las sociedades corrompidas ó en la sociedad en general, sabe que siempre se encuentran sugetos bastante complacientes que se encargan de las secretas comisiones de amor. En cuanto al amor de las flores, el encargado de una misión tan honorífica es el fiel amante de Flora, tan celebrado de los antiguos poetas, el mismo céfiro. Con su soplo lleva el polen á grandes distancias, y á veces en tanta abundancia, que cuando lo suelta y cae en el suelo, la tiñe de color amarillo. Esto acontece muy á menudo en las cercanías de los espesos bosques de abetos, y ha dado márgen á los cuentos que se refieren de haber llovido azufre. Repito que gracias al aire el polen, puede ser llevado á distancias considerables y fecundar á las flores femeninas que encuentra al paso. Joviano Pontanus nos cuenta que en su tiempo se cultivaban dos palmeras, la una masculina en Brinde, y la otra femenina en un bosque de Otranto que dista del primer punto unas quince leguas. Durante muchos años permaneció sin dar fruto; pero al cabo, levantó el tallo por encima de los demás árboles, y desde que pudo ver al macho de Brinde fué fructífera: así habla este poeta latino. Por otra parte muchos habrá que han observado en tiempo de la florecencia del cáñamo la nubecilla de polen que se levanta al aire al menor movimiento que el viento comunica á las plantas.

Cualquiera que sea el medio de que se vale la naturaleza para trasladar el polen, es positivo que la fecundación resulta del contacto de este con el estigma. Gleditch cultivaba en Berlin una palmera hembra y á pesar de todo su esmero no había podido obtener ningun fruto. Escribió á un amigo suyo habitante en Dresde, quien le envió en un papel envuelta una porción de polen de una palmera macho: con él cubrió Gleditch los estigmas de la planta hembra, y por primera vez produjo dátiles.

Mr. Lemon, hábil cultivador, cuyo muerte fué muy sentida de los aficionados á las flores, conservó envuelto en papelillos por espacio de mas de un mes cierta cantidad de polen de peonia, del que se servia para fecundar especies mas tardías, y obtuvo el resultado apetecido. Del modo como se verifica la fecundación en las plantas, han deducido los botánicos la posibilidad de cruzar dos especies diferentes, á semejanza de lo que tiene lugar entre el caballo y la burra en los animales, y obtener producciones híbridas partícipes de los caracteres del padre y de la madre. Los horticultores se apresuraron á reducir á la práctica dicha teoría, y los resultados fueron los siguientes. Con unas tigeras finas y puntiagudas cortaron las anteras en el momento de abrirse la flor, para impedir que se verificase la fecundación natural, y con un pincel muy seco recogieron una cantidad

de polen de una flor del mismo género, pero de diferente especie, luego lo aplicaron al estigma de la que primero mutilaron. En la mayor parte de casos, esto es, cuando existia bastante analogia, la fecundación se efectuó y tomaron su crecimiento regular las semillas, las que plantadas despues, produjeron plantas parecidas en ciertos caracteres al padre y en otros á la madre, y tambien algunas veces ni al uno ni á la otra, así que por este medio con la digital purpúrea y con la digital de grandes flores se ha obtenido una planta híbrida en nada semejante á una ni otra de las producentes. Valiéndose de este método de cruzamiento, a gunos jardineros han obtenido una inmensa variedad de claveles, rosas y otras flores de estremada hermosura. Sin embargo, en este caso sucede como en los animales: es decir que así como los mestizos de asno y caballo, ó los mulos y otros son estériles, tambien lo son las plantas híbridas; de modo que aunque la naturaleza se muestra tan cuidadosa de conservar las especies existentes, al parecer opone toda resistencia á la producción de otras nuevas.

A mas de la mano del hombre y del aire, hay otros medios de transmitir el polvo fecundante, y estos son las moscas y otros insectos que van divagando continuamente entre las flores y buscando en ellas su alimento: sus patas, pelos y alas se cargan de polen, el cual llevan á los estigmas de las flores hembras. Los griegos tienen cabal conocimiento de este misterio de amor, y sacan grandes ventajas para el cultivo. Poseen una especie de higuera dióica, y como en estos árboles están las flores metidas en el pulpo del fruto, el viento no puede ejercer ninguna acción en ellas; pero no falta una especie de insecto que penetra en lo interior del higo y sale cubierto de polen. En este estado los griegos recogen estos insectos en abundancia y los llevan donde hay higueras hembras, los insectos penetran en los tiernos frutos y se efectua la fecundación: esta operación se llama *capri-ficación*.

En cuanto á las particularidades de la fecundación la valisneria (*valisneria spiralis*), planta que se encuentra en el Ródano, Saona, y alguna vez, segun dicen, en el Sena, es la mas digna de admirarse de cuantas conocemos. Esta planta vive en medio de las aguas claras y poco corrientes: es dióica y el pié macho á menudo se encuentra muy distante del pié hembra: en ambos nacen las flores en el fondo del agua inmediatas á las raíces, donde persisten hasta que llega el instante de abrirse. Sostienen á las flores femeninas unos pedúnculos delgados excesivamente largos y vueltos sobre si mismos formando una espiral. Al contrario las flores masculinas, aunque situadas en el mismo parage cerca de la raíz, tienen sus pedúnculos rectos, fuertes y muy cortos. Cuando llega el tiempo de la florecencia se desarrollan los pedúnculos de las flores femeninas del modo que manifiesta la adjunta lámina, y suben estas á la superficie del agua donde por primera y última vez se abren al dulce influjo del aire y del sol: de esta suerte adherida la flor al pedúnculo y nadando con gracia está esperando la llegada del macho.

Este entonces hace mil esfuerzos para romper el pedúnculo que lo sostiene, hasta que por último lo logra y sube á la superficie, abre la córola, é impelido por el viento ó la corriente del agua, va ligero á donde está la flor femenina, la encuentra, únese á ella, y despues de haberla cubierto con el polvillo de los estambres, la deja y vá á naufragar á alguna distancia.

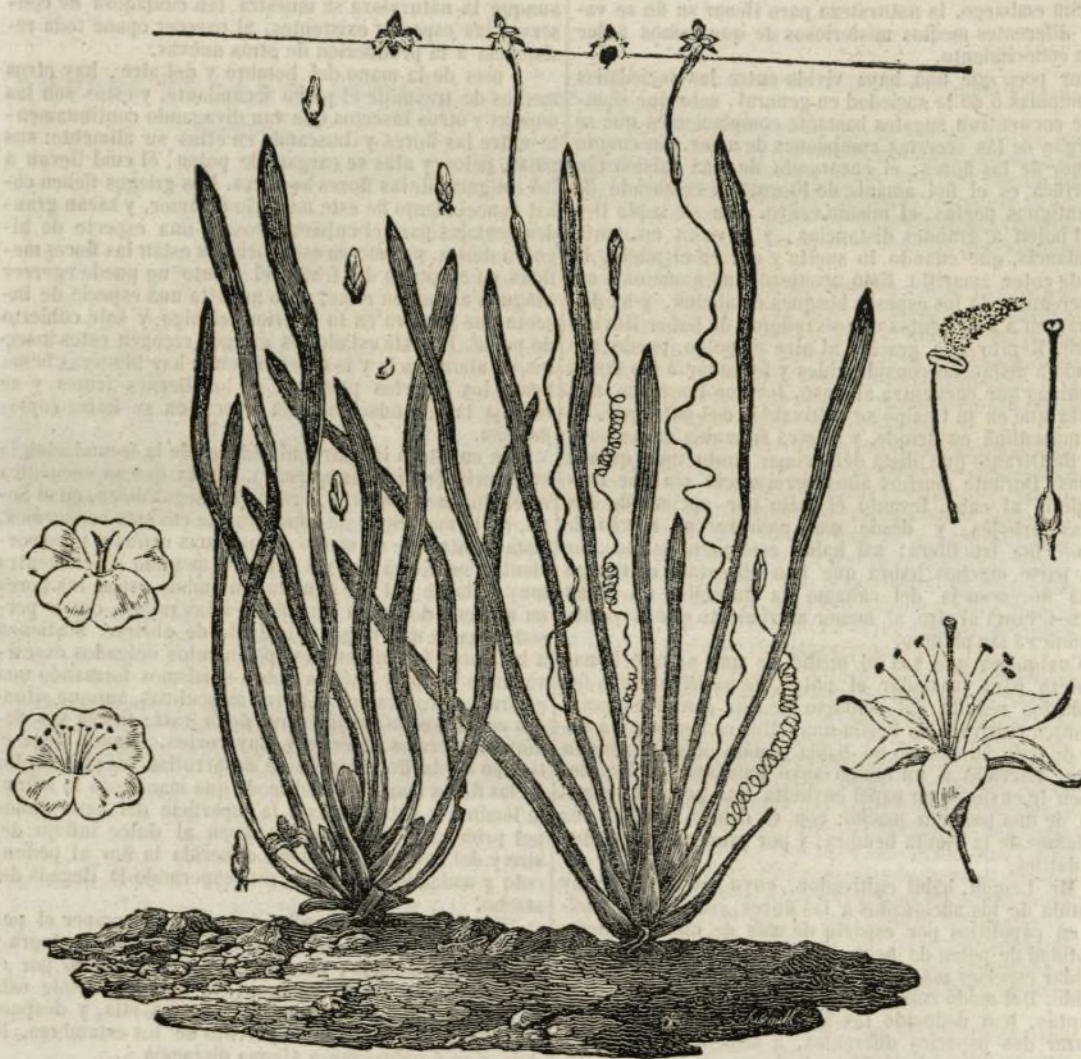
Así que la flor femenina ha recibido á la masculina y queda fecundada, vuelve á cerrar la córola, dóblase otra vez el pedúnculo, y la lleva á su primer sitio en el fondo del agua, y así maduran las semillas, á cubierto de los riesgos que correrian si permaneciesen en la superficie.

«Todo esto no es mas que un puro mecanismo, acaso se diga, y sin haber agradables emociones no puede hallarse

amor. Pero no faltan señales visibles de sensibilidad en las plantas. Así tenemos en los estanques la hermosa flor de la parnasia (*parnasia palustris*), rodeada del oscuro verdor de las plantas acuáticas, cual la blanca y reluciente estrella en el sombrío azul de los cielos. El pistilo de esta flor se encuentra rodeado de cinco estambres echados y como dormidos encima de los pétalos: pues bien, apenas llega el momento de entregarse al amor, de repente y con un movimiento espontáneo se levanta un estambre, se arrima al pistilo, lo aprieta y cubre con la antera y luego que ha depositado en él el polen, vuelve á recobrar su posición primera, y cede el puesto á otro estambre que repite la operación, y le suceden del mismo modo los restantes: terminado el acto de la fecundación se marchitan y caen.

Por lo dicho se vé que los estambres van á buscar al pistilo, cual si el pudor fuese el patrimonio de las hembras en toda clase de seres. Escepcion de esta regla es el epilobo (*epilobium spicatum*); cuando la flor abre la corola los estambres se apartan del órgano femenino formando todos un hacecillo que se inclina al suelo, y al efectuarse el acto fecundante, el pistilo se dobla y arrima á los estambres.

Las confervas y otras muchas plantas ofrecen tambien varias señales de una especie de sensibilidad que los botánicos llaman *irritabilidad*, las que son muy dignas de admirar, pero que no esplicamos en este artículo por no hacerlo interminable.



La Valisneria.